



EN POS DEL
DIOS SANTO:

RESPONDIENDO
AL LLAMADO
DEL ESPÍRITU SANTO

Informe Final

98va Asamblea Internacional

Comité de Doctrina Bíblica
y Gobierno de la Asamblea
Iglesia de Dios de la Profecía



Tabla de Contenido

Introducción	pág. 3
Sección I: Lo que Dice la Biblia sobre la Santificación	pág. 3
Sección II: La Obra del Espíritu Santo en la Santificación	pág. 12
Sección III: La Santificación Corporativa	pág. 15
Sección IV: La Santificación Misional	pág. 17
Sección V: El Concepto Bíblico de la Santidad	pág. 17
Sección VI: La Historia de la Santidad y la Santificación	pág. 19
Sección VII: Nociones Comunes sobre la Santificación/La Santidad	pág. 19
Sección VIII: Las Presuposiciones en la Formación Pasada de la IDP	pág. 21
Sección IX: La Cultura y la Santidad	pág. 23
Sección X: La Dinámica Entre la Santificación Personal y la Santificación Corporativa	pág. 25
Sección XI: La Naturaleza Vital de la Oración y la Santidad	pág. 27
Sección XII: La Santificación Inicial/La Santificación Progresiva	pág. 28
Sección XIII: Más Exploraciones Bíblicas sobre la Santificación/La Santidad	pág. 29
Sección XIV: El Lavamiento de la Sangre/Agua/Espíritu	pág. 30
Sección XV: El Llamado Pastoral a la Santidad	pág. 31
Sección XVI: Recomendaciones	pág. 33
Bibliografía	pág. 34

En Pos del Dios Santo: Respondiendo al Llamado del Espíritu Santo

Introducción

El tema de la santificación y santidad es de suma importancia en nuestro caminar con Dios. A medida que abordamos esta doctrina, lo hacemos con la humilde confesión de que no procuraremos ser dogmáticos ni trataremos de manera paternalista a los cientos (por no decir miles) de otros biblistas, teólogos y pastores que han estudiado más sobre esta relación espiritual. Desde los apóstoles y los padres de la iglesia, hasta los reformadores y el movimiento de santidad, cada generación sincera de eruditos y creyentes ha ampliado nuestro concepto y búsqueda de la santidad “...sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14). También queremos confesar que deseamos que este documento sea un llamado a la santidad, en vez de un simple estudio exegético detallado. A fin de cuentas, este estudio demostrará que, en nuestro cometido por ser un pueblo santo, cada creyente, al igual que la iglesia, tiene que afirmarse en su decisión de ir en pos del Espíritu Santo. Esta misión tiene que ir más allá de un ejercicio doctrinal o de erudición. La santificación requiere una renovación de la búsqueda del poder del Espíritu Santo, en vez de limitar Su obra a una experiencia singular del pasado. De hecho, tenemos que comprometernos a llegar a ser hijos maduros de Dios que obedecen la exhortación paulina: “Solamente os ruego que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo...” (Filipenses 1:27). Por lo tanto, nuestra recomendación a la 98va Asamblea Internacional es que el siguiente documento sustituya cualquier declaración o decisión pasada o presente en relación con la santificación y la santidad:

Lo que Dice la Biblia sobre la Santificación

Santificado Sea Tu Nombre

“Santificado sea tu nombre” es una frase que ha sido pronunciada innumerables veces, por miles de años, y en cientos de lenguajes. Aun así, estas simples palabras contienen el núcleo del plan de Dios. Este plan resume el designio de Dios para con Israel, el sistema sacrificial, la cruz y el sufrimiento de Cristo. Tiene que ver incluso con nuestras vidas ahora, y nos da un indicio del futuro que está aún por venir. Este plan trata sobre la santidad de Dios. Es aquí, al pedir diariamente que el nombre de Dios sea santificado, donde uno escapa de la hipocresía, el legalismo o la “gracia barata”, y pone su esperanza en que la santidad de Dios sea reflejada en su mundo.

Durante el más célebre sermón del ministerio de Jesús, en Mateo 6:9, le enseñó a la multitud y a Sus discípulos a orar. Hay múltiples peticiones que forman parte de esta oración: “venga tu reino”, “el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”, y otras. No obstante, la primera y más importante petición que Jesús nos exhorta a hacer es “santificado sea tu nombre”. Es una petición de que el nombre de Dios sea santificado.¹ “...es una petición de que traiga a las personas a una actitud correcta para con Él. Expresa el deseo de que Dios sea tenido por santo y tratado como santo en toda Su creación.”²

¹ M. S. Heiser. *Glossary of Morpho-Syntactic Database Terminology*. Logos Bible Software, 2005.

² L. Morris. *The Gospel According to Matthew*. Grand Rapids, MI: W. B. Eerdmans Publishing Co., 1992, pág. 145.

La importancia del estudio de la santidad radica en la verdad de que ésta no se enfoca principalmente en la humanidad. Está arraigada, antes que nada, en el Dios Santo que es distinto y aparte de Su creación, tanto en lo personal como lo moral. Este es el Dios santo que llama a Su pueblo a una vida apartada del pecado y separada para Su servicio. Esta petición de que el nombre de Dios sea santificado está conectada con Ezequiel 39:27, donde Dios declara que Él será santificado. Israel había profanado el nombre de Dios mediante la práctica de la idolatría, y Dios lo había enviado al exilio. Sin embargo, el exilio también provocó que las naciones vecinas se burlaran del carácter de Dios. Yahweh (Jehová) no habría de permitir que permanecieran estos escarnios contra Su nombre. Él habría de hacer volver a Su pueblo a la tierra prometida para que todos vieran que Él es santo:

Cuando yo los haga volver de entre las naciones, y los reúna de entre los pueblos enemigos, en presencia de muchas naciones y por medio de ellos manifestaré mi santidad (Ezequiel 39:27, *NVI*).

La percepción humana de la santidad de Dios es importante para Dios, y es el centro de nuestra propia santidad. Al reconocer Su santidad, podemos ver claramente nuestro ser y nuestra profunda necesidad de Él, al igual que las profundidades a las cuales Él nos llama. Es aquí donde se debe comenzar el estudio de la santidad, en las primeras páginas de las Escrituras, donde Dios se revela a Sí mismo como santo.

El Dios Santo

La revelación de la santidad fue iluminada cuando Moisés se acercó a una zarza que ardía, pero que no se consumía:

Dios le dijo: —No te acerques; quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es. Y añadió: —Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios (Éxodo 3:5, 6, *RVR 1995*).

Este encuentro con Dios da comienzo a un torrente de momentos de revelación en los cuales Yahweh (Jehová) revela Su santa naturaleza, en contraste con los dioses de Egipto y las demás religiones paganas. La adoración pagana era una vida complicada de apaciguamientos y sobornos a fin de manipular los dioses para obtener sus favores. En el mejor de los casos estos dioses eran amorales; y a menudo eran inmorales, como lo demuestra Baal, el dios cananeo de la fertilidad. Por lo tanto, el problema con la adoración no era simplemente la adoración del ídolo, sino la percepción de la moralidad de Dios y Su relación con la creación. A Dios se le percibía ser demasiado parecido a nosotros, y parte de nosotros. Es en esta cosmovisión que Dios manda a Moisés a quitarse las sandalias, porque está en un lugar hecho santo por la presencia de Dios. En esta teofanía de la zarza ardiente, Dios comienza a enseñarle a Moisés una lección importante sobre Su naturaleza santa. La lección de Moisés es esta: Hay un gran peligro en estar cerca de Dios sin estar adecuadamente preparado.

Este pasaje, con su mandamiento de “no acercarse”, es muy parecido a Éxodo 19:9-25. En este pasaje, Dios impone a los israelitas una serie de condiciones de la santificación, procedimientos que confieren la santidad, y distancia (ej.: “Señala límites al monte y santifícalo” [v. 23]). Así que, Moisés

comienza a aprender de Dios lo que más adelante tendría que enseñarle al pueblo.³ En este momento de la autorevelación de Dios, Moisés se esconde de Dios por temor a lo que pudiera ver. Moisés ahora entiende que contemplar la santidad de Dios es una experiencia transformadora que conforta y atemoriza al mismo tiempo. Es ciertamente una experiencia de crisis en la vida de Moisés, la cual transformó su vida y aumentó su conocimiento de Dios.

En Éxodo 19 esta revelación de la santidad de Dios se expande, pues Dios confronta ahora al pueblo hebreo con la misma. El pueblo está acampado en la misma área montañosa en la cual Moisés había experimentado previamente la santidad de Dios. Habían experimentado recientemente la liberación pascual, y habían cruzado el mar. La derrota de los dioses egipcios, mediante las plagas, había sido poderosa y rotunda. Aunque Dios había expresado Su poder, ahora revela Su santidad en el monte Sinaí. Se manda al pueblo a santificarse o consagrarse. Deben lavar sus ropas. Deben señalar límites que ningún hombre o animal debe traspasar. No deben correr hacia la presencia de Dios caprichosamente. Tal como Moisés fue ordenado a quitarse las sandalias, los israelitas se están preparando para encontrarse con el Dios santo:

Todo el pueblo observaba el estruendo, los relámpagos, el sonido de la bocina y el monte que humeaba. Al ver esto, el pueblo tuvo miedo y se mantuvo alejado. Entonces dijeron a Moisés: —Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos. Moisés respondió al pueblo: —No temáis, pues Dios vino para probaros, para que su temor esté ante vosotros y no pequéis. Y mientras el pueblo se mantenía alejado, Moisés se acercó a la oscuridad en la cual estaba Dios (Éxodo 20:18-21, *RVR 1995*).

Así como Moisés se escondió de la zarza por temor, así también el pueblo tuvo miedo de la presencia de un Dios al que no podían controlar o manipular. Al ser confrontado por el Dios santo, el pueblo también se dio cuenta del poder transformador de la santidad de Dios en la vida de Moisés.

La Santidad de Dios

La pregunta que surge ahora es sobre la santidad de Dios. ¿Qué quiere decir exactamente la frase “el Dios santo”? Isaías 6 es sólo una de las muchas ocasiones en las que los individuos se ven confrontados con las experiencias íntimas del Dios santo:

El año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el Templo. Por encima de él había serafines. Cada uno tenía seis alas: con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces diciendo: «¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos! ¡Toda la tierra está llena de su gloria!». Los quicios de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la Casa se llenó de humo (Isaías 6:1-4, *RVR 1995*).

Isaías declara que vio al Señor. Este evento causó una transformación en la vida del profeta. La experiencia completa de ver al Señor (*adona* – el soberano)⁴ lo conmueve hasta el centro mismo de su humanidad. En este momento Isaías es confrontado con la vasta separación que existe entre su

³ D. K. Stuart. *The New American Commentary, Vol. 2: Exodus*. Electronic Edition, Logos Library System. Nashville, TN: Broadman & Holman Publishers, 2007, pág. 114.

⁴ R. C. Sproul. *The Holiness of God*. Wheaton, IL: Tyndale House Publishers, pág. 32.

pecaminoso ser y el Dios santísimo. Rudolf Otto se refiere a este tipo de experiencia —en la cual nos acercamos a Dios, pero deseamos huir de Él— como un “misterio tremendo”.⁵

Isaías describe en su visión que Dios es “alto y sublime”. Esta frase apunta a que Dios es trascendente. Así es como la santidad, definida como “separado”, revela la naturaleza de Dios. Dios es completamente separado y distinto de aquello que creó. Al enfrentarse a esta realidad completamente separada, Isaías, Moisés, los hijos de Israel y luego Pedro, experimentaron el “misterio tremendo” de Dios (Mateo 17:4). En este momento Isaías oye a los serafines exclamar: “¡Santo, santo, santo!”. Y lo único que puede expresar son las palabras: “¡Ay de mí!”.

Esta trascendencia significa que Dios se distingue de la creación en todas las maneras. Él está más allá [de los confines] del tiempo y del espacio, los cuales son meros componentes de Su creación. Dios no experimenta ningún sentido de necesidad, contrario al resto de la creación. Él está completo en Su propia naturaleza trinitaria. En lo moral, está infinitamente distanciado del hombre pecador, pues es imposible que Dios sea tentado por el mal (Santiago 1:13). Aun Sus pensamientos y propósitos son más altos que los nuestros, como lo expresa Isaías:

«Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos ni vuestros caminos mis caminos», dice Jehová. «Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos y mis pensamientos, más que vuestros pensamientos» (Isaías 55:8, 9, RVR 1995).

Este es el Dios santo del cual Isaías, cuando fue confrontado, exclamó: “¡Ay de mí!”. Él trasciende o es completamente separado de nosotros en todas maneras. Él es completamente otro; y es más alto que lo que podamos imaginar. Isaías tuvo una experiencia de crisis al encontrarse con el Dios santo, y esta experiencia cambió su vida para siempre. Similarmente, en el milagro de la gran pesca en Lucas 5, Pedro reconoce que este maestro, Jesús, es mucho más de lo que aparenta ser. Confrontado por la grandeza de Jesús, contesta: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (Lucas 5:8). El reconocimiento de la naturaleza santa de Jesús —aun estando cubierta por el manto de la carne humana— causó una transformación.

Cuando las personas eran confrontadas con este Dios santo —ya fuera en la zarza ardiente, o en la visión del trono de Dios, o al estar con Él en una barca— resultaban ser cambiadas. Reconocer al Dios trascendente hizo que estos individuos tuvieran más deseos de apartarse de las corrupciones del mundo, y estar listos para cumplir la misión que Dios tenía para sus vidas.

Perspectiva Ampliada de la Santidad

Esta revelación de la santidad de Dios comienza entonces a impactar el concepto del llamado de Dios a Su pueblo para que sea santo. Yahweh (Jehová) comienza con una expresión de Su propósito en liberar a este pueblo de la esclavitud de Egipto:

“Ahora, pues, si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa”. Éstas son las palabras que dirás a los hijos de Israel (Éxodo 19:5, 6, RVR 1995).

⁵ Rudolf Otto. *The Idea of the Holy*. London, Oxford University Press, 1923, pág. 123.

Tenían el privilegio y la responsabilidad de ser el tesoro especial de Dios sobre todos los pueblos. Esto presentaba nuevas ideas a este grupo originado en un mundo politeísta. Yahweh (Jehová) se estaba revelando a Sí mismo como el Dios santo sobre toda la tierra. Esto era muy diferente a la cosmovisión politeísta que percibía a los dioses como regentes sobre áreas geográficas o elementos particulares tales como el sol, la fertilidad, las tormentas y los mares. No obstante, esta relación singular tenía un propósito: que [el pueblo de Israel] fuese un reino de sacerdotes y gente santa. El desafío de ser “un reino de sacerdotes y gente santa” representaba la responsabilidad inherente en la promesa original hecha a Abraham en Génesis 12:2, 3: «...y serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan...y serán benditas en ti todas las familias de la tierra» (*RVR 1995*). Los sacerdotes se interponen entre Dios y los seres humanos para ayudar a los humanos a acercarse a Dios, y para dispensar la verdad, justicia, bondad, disciplina y santidad de Dios a los humanos. Israel fue llamado a ejercer tal función.⁶

Israel, como tesoro especial de Dios, tendría la responsabilidad de exhibir la santidad en su adoración y estilo de vida ético. Esta responsabilidad no era para la élite religiosa, sino que, corporativamente, cada persona en la nación debía exhibir la santidad. Este acontecimiento en el monte Sinaí comienza a darnos una comprensión del término “santo” (*kdsh*) en el Antiguo Testamento. Todas las formas del vocablo “*kdsh*” —adjetivo, sustantivo o verbo— conllevan la idea de ser apartado o consagrado.⁷ En sus formas verbales, se traduce por “apartar”, “consagrar”, “ser santo”, “dedicar”, “purificar”. En su forma sustantiva, “*kdsh*” se traduce por: “[persona] o cosa consagrada, [persona] o dones dedicados, santidad, santo, santos, personas santas, porción santa, cosas santas, santísimo, lugar santísimo, cosas santísimas, sagrado, cosas sagradas, sacrificios, santuario, apartado”.⁸ Esta es la manera en que las cosas eran hechas santas, cosas tales como el tabernáculo o su mobiliario, los sacerdotes y sus vestiduras. Eran santos porque fueron separados de lo profano para los propósitos designados por Dios. Por último, las personas eran apartadas de lo profano para los propósitos de Dios.

Lamentablemente, Israel no cumplió con su llamado a ser santo. Rara vez abandonaron la adoración a Yahweh (Jehová); simplemente incluyeron la adoración a los dioses de las naciones vecinas. Rechazaron su llamado a ser separados de esas naciones; había muy poca diferencia entre ellos y las naciones vecinas en cuanto a su adoración y moralidad. Los profetas describen a menudo este pecado con la frase vívida “Israel se prostituyó”. Ezequiel 16:17 es un ejemplo de esto: “Con las joyas de oro y plata que yo te había obsequiado, hiciste imágenes masculinas, y con ellas te prostituiste” (*NVI*).

Esta negativa a ser una nación santa hace que Dios rechace tanto a Judá como a Israel. Como castigo, Judá experimentó 70 años de exilio en manos de los babilonios. Aun así, cuando el castigo estaba a punto de comenzar, Jeremías revela un futuro muy diferente para el pueblo de Dios, un tiempo en el cual éste conocerá y obedecerá la ley:

Vienen días, dice Jehová, en los cuales haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día en que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos,

⁶ D. K. Stuart. *The New American Commentary, Vol. 2: Exodus*. Electronic Edition, Logos Library System. Nashville, TN: Broadman & Holman Publishers, 2007, pág. 423.

⁷ R. L. Thomas. *New American Standard Hebrew—Aramaic and Greek Dictionaries: Updated Edition*. Anaheim, CA: Foundation Publications, Inc., 1998, pág. G-1.

⁸ R. L. Thomas, *Ibíd.*

dice Jehová. Pero éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Pondré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo (Jeremías 31:31-33, RVR 1995).

Es con esta esperanza que leemos el Nuevo Testamento. Aunque el lenguaje del mismo es el griego, el sustantivo 'santo' (*hagios*) y sus derivados se traducen por "santo", "puro", "santos" y "santificación", mientras que la forma verbal (*hagiazó*) se traduce por "hacer santo, consagrar y santificar".⁹ La revelación veterotestamentaria de la santidad de Dios y Su plan para nuestra santificación es continuada e incluso ampliada en el Nuevo Testamento. Pedro, haciendo uso del Antiguo Testamento, exhorta a que los cristianos sean santos: "...así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, porque escrito está: «Sed santos, porque yo soy santo»" (1 Pedro 1:15, 16, RVR 1995). El Nuevo Testamento también expone el plan de Dios de que Su pueblo exprese la santidad corporativa.

Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios; en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, ahora habéis alcanzado misericordia (1 Pedro 2:9, 10, RVR 1995).

El propósito de esta santidad corporativa es impulsado por su naturaleza misional, a fin de que seamos sacerdotes para los demás y anunciar las virtudes de Dios. Jesús dijo en Juan 17:17 que Su plan era santificarlos, "apartarlos" con el fin de enviarlos al mundo. La pregunta que se debe contestar es: ¿Aceptará este nuevo pueblo de Dios el desafío de la santidad? La diferencia en esta ocasión consiste en que Dios no vendrá en una zarza ardiente ni en un torbellino. Conocerán íntima y personalmente al Dios santo. Él caminará con ellos, comerá con ellos, y los llamará a imitar Su vida santa.

Mateo 16:24, 25; Marcos 8:34-38 y Lucas 9:23-27 registran un acontecimiento donde Jesús describe lo que significa ser uno de Sus seguidores. Marcos lo registra de esta manera: "Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: —Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Marcos 8:34, RVR 1995).

Estas palabras de Jesús son instructivas para una discusión sobre la santidad. ¿Decidirían los discípulos reflejar el santo estilo de vida de Jesús? Aquí se llama a los discípulos a negarse (*aparnesastho* - aoristo imperativo) a sí mismos, tomar (*airo* - aoristo imperativo) su cruz, y seguir (*akoluthéo* - presente imperativo) a Jesús. Cada verbo es imperativo, los cuales deben traducirse por mandamientos a que los seguidores tomen acción. Lucas y Marcos emplean el verbo 'sígame' en presente imperativo, mientras que Mateo emplea el aoristo para los tres verbos. Mientras que el aoristo imperativo denota un solo acto de negarse para el hoy (experiencia de crisis), el presente imperativo denota a menudo un acto continuo de seguirlo día tras día (un proceso).¹⁰ Lucas va más allá e incluye la idea de una acción continua con su inclusión de la frase "cada día" en el mandamiento de tomar nuestra cruz. Así que, aun en este pasaje primario en los evangelios vemos un énfasis sobre

⁹ H. R. Balz & G. Schneider. *Exegetical Dictionary of the New Testament*, Vol. 1. Wheaton, IL: Eerdmans Publishing, 1990, pág. 16.

¹⁰ H. P. V. Nunn. *The Elements of New Testament Greek*. Bellingham, WA: Logos Research Systems, 2003, pág. 49.

el primer momento en que alguien se niega a sí mismo y toma su cruz (experiencia de crisis), al igual que un interés en que se viva siguiendo a Jesús continuamente (un proceso). Negarse a uno mismo es “un rechazo a la vida centrada en el interés propio y la realización propia”.¹¹

Esto es similar a la exhortación de Pablo (“consideraos muertos”) en Romanos 6:11. Llevar la cruz significa que estamos listos para entregar nuestra vida al Señor, así como Él ya ha entregado la Suya por nosotros. Seguir a Jesús es más que un simple andar físicamente junto al grupo de Jesús. Significa obedecer Sus mandatos, los cuales representan Su estilo de vida y misión. En estos pasajes, Jesús hace hincapié en las acciones que el hombre tiene que cumplir. Hay un “negarse”, un “tomar la cruz” y un “seguir” que tienen que ocurrir en la vida de los discípulos de Jesús. Con estas palabras de Jesús en mente, podemos examinar el resto del Nuevo Testamento para ver cómo los demás escritores expresaron estos conceptos sobre la vida de santidad.

La Obra Santificadora de la Cruz

A través del libro de Romanos, Pablo muestra la condición humana bajo el dominio del pecado. En Romanos 3:23, él declara que “todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios”. Bajo esta realidad se incluyen tanto a judíos como a gentiles. En Romanos 1:18-32, Pablo describe la vida pecaminosa de los gentiles, que representaba la vieja manera de vivir de muchos de los creyentes romanos, como una vida de completa depravación y cambio radical de las costumbres naturales establecidas por Dios en la creación. En Romanos 5:12 declara: “...como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”. Esto significa que ningún ser humano se ha escapado del poder y del dominio del pecado.

Pablo dice que el pecado esclaviza (*douleuein*) (6:6), ejerce dominio (*basileuto*) (6:12), y reina (*kyrieusei*) sobre el hombre (6:14). El pecado entró en el mundo por un hombre —Adán—, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres (5:12). Cristo vino a lidiar con esto. Richard E. Howard, en su libro *Newness of Life*, dice que “el pecado ha sido definido como autoengaño, autosuficiencia, escucharse a uno mismo en vez de escuchar a Dios, la independencia del hombre en rebelión contra Dios, tornarse hacia sí mismo y hacer de sí mismo el centro de su vida”.¹²

Por el pecado, el hombre desechó la soberanía de Dios sobre él, y se hizo soberano a sí mismo. La consecuencia de cambiar la soberanía de Dios por la soberanía del “yo” es que el hombre está ahora bajo el dominio del pecado y la muerte, y es incapaz de liberarse a sí mismo de la tiranía del mismo. ¿Qué es la tiranía de la vida dominada por el pecado? En Romanos 5:6-10, Pablo describe la condición humana y la obra salvífica de Dios:

Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida (Romanos 5:6-10).¹³

¹¹ R. H. Stein. *The New American Commentary, Vol. 24: Luke*. Electronic Edition, Logos Library System. Nashville, TN: Broadman & Holman Publishers, 2001, pág. 279.

¹² Richard E. Howard. *Newness of Life*. Grand Rapids, MI: Baker Book House, 1975, pág. 42.

¹³ *La Santa Biblia: Versión Reina-Valera 1960*, Romanos 5:6-10.

Cuando Pablo describe la condición del hombre bajo el poder del pecado, lo describe como débil, impío, pecador y enemigo de Dios. El hombre era moralmente débil, quebrantaba constantemente las leyes de Dios, y era irreverente para con Él. Como enemigo de Dios, el hombre estaba destinado a la ira de Dios, y estaba luchando activamente contra Su reino. Bajo el dominio del pecado, el hombre era incapaz de cambiar su condición. Pero Dios no nos dejó así. La cruz de Cristo cambió la condición humana de impotencia y desesperanza por una de esperanza y redención.

En Romanos 6, Pablo asegura que el creyente puede vivir una vida de santidad. Para demostrarlo, declara que el creyente se identifica con Cristo en Su muerte y resurrección (vv. 1-14), y que el creyente es ahora siervo de Cristo y de la justicia (vv. 15-23). Pablo considera la nueva condición del creyente, reconociendo que ahora éste ha “muerto al pecado” (v. 2), ha sido “bautizado en Cristo” (v. 3), ha sido “bautizado en Su muerte” (v. 3), y ha sido “sepultado juntamente con él por el bautismo” (v. 4), y su viejo hombre ha sido “crucificado para que el cuerpo del pecado sea destruido” (v. 6), y ha “muerto juntamente con Cristo” (v. 8).

Al continuar en Romanos 6:6, Pablo pasa del tema de la muerte y resurrección por el bautismo al tema de hacer morir a nuestro viejo hombre mediante la crucifixión. La crucifixión es una obra interna del Espíritu Santo en la vida del creyente. En la misma, el viejo hombre es clavado a la cruz y destruido para que el creyente pueda andar en la nueva vida. Pablo dice que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo, para que el cuerpo del pecado sea destruido (sea hecho impotente e improductivo); o sea, invalidar el viejo hombre para que no seamos más esclavos del pecado, sino que vivamos una vida victoriosa. Es interesante destacar que el verbo *katargethe* (‘para que sea destruido’) está en el modo subjuntivo, lo cual insinúa la expectativa de la destrucción [del cuerpo del pecado].

Pablo continúa su argumento al declarar que el que ha muerto (tiempo pretérito [en el texto griego]), ha sido justificado (tiempo perfecto: resultado presente)¹⁴ del pecado (v. 7). El que ha sido crucificado juntamente con Cristo ya no está bajo el dominio del pecado. Esta muerte produjo una libertad en el pasado, pero sus efectos son sentidos en el presente; por tanto, la persona continúa siendo libertada de la esclavitud del pecado. La muerte del viejo hombre produce libertad del pecado, de manera que ya no somos esclavos del pecado.

Romanos 6:8-11 trata sobre el hecho de que Cristo murió por el pecado de una vez y por todas. Su muerte tuvo un carácter definitivo; realizó solamente un sacrificio. Ahora está vivo para Dios. Pablo declara que si nosotros hemos muerto juntamente con Cristo, también viviremos con Él. Esto significa que la muerte ya no tiene dominio sobre nosotros, así como ya tampoco tiene dominio sobre Él. De la misma manera en que Jesús resucitó de entre los muertos y ahora está vivo para Dios; esa es la vida que Él quiere que vivamos. Pablo concluye esta sección con un llamado imperativo a que nos consideremos muertos al pecado y vivos para Dios en Jesucristo. El verbo “consideraos” (presente imperativo) exhorta al creyente a permanecer en un proceso continuo y habitual. Antes estábamos muertos para Dios y vivos al pecado; pero ahora, por medio de Cristo, hemos experimentado un cambio total, pasando de la desobediencia adánica a la vida en Cristo. Pablo declara en los versículos 12-14 que, como resultado de estar muertos al pecado, pero vivos para Dios, tenemos que vivir según lo que somos en Cristo. Bajo esta nueva condición, no debemos permitir que el pecado reine en

¹⁴ Tiempo perfecto: El tiempo verbal empleado por un escritor para describir una acción completada que ocurrió en el pasado, pero que produjo un estado o resultado que existe en el presente (con respecto al escritor). El énfasis del tiempo perfecto no recae sobre la acción pasada, sino en el “estado presente” que surge a partir de la misma. (Michael S. Heiser and Vincent M. Setterholm, *Glossary of Morpho-Syntactic Database Terminology* [Logos Bible Software, 2013; 2013]).

nuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcamos en sus apetitos (v. 12). En esta sección, Pablo emplea una serie de imperativos (dos negativos y un positivo), para decirnos lo que debemos hacer, y lo que debemos evitar, como personas muertas al pecado y vivas para Dios.¹⁵

En el primer imperativo —“no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal”— Pablo emplea la palabra *basileuto*, la cual significa ‘sé un rey, ten control completo’. Si el pecado es nuestro rey, ejercerá su control sobre nosotros para hacernos obedecer los apetitos (lujuria, deseos profundos) de nuestro cuerpo. El segundo imperativo que usa Pablo es “ni tampoco presentéis” (*peristaneti*: ‘poner, proveer’) vuestros miembros al pecado como instrumentos (el vocablo se refiere a las armas del soldado) de iniquidad (*adikias*: injusticia). No debemos hacer provisión para que nuestros miembros sean instrumentos de injusticia. Nuestro cuerpo físico es el campo de batalla para la tentación. El tercer imperativo tiene un tono positivo, y es un mandato a “presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia”. Pablo cierra esta sección asegurando que el pecado no se enseñoreará de nosotros, puesto que no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia.¹⁶

Romanos 6:18 declara: “...y libertados del pecado” (aoristo pasivo participio: el creyente ha sido libertado tanto de la pena del pecado [la justificación] y de la tiranía del pecado [la santificación]), “vinisteis a ser siervos de la justicia” (aoristo pasivo indicativo: el creyente es libertado del pecado para servir a Dios).¹⁷ Esta justicia nos lleva a la santidad (v. 19). Esto significa que la obra [de Cristo] en la cruz logró la justificación y la santificación para nosotros.

Por consiguiente, debemos concebir la salvación en términos diferentes a los que hemos empleado a menudo (aunque sin malas intenciones). Por ejemplo, cuando una persona se convierte o ‘nace de nuevo’, a menudo nos referimos a esta experiencia diciendo que el nuevo creyente es ahora *salvo*. En realidad, este es sólo el comienzo del andar del cristiano con Dios. De hecho, se han convertido, pero la dinámica general de la salvación viene por medio de un peregrinaje espiritual que no se perfeccionará por completo hasta que todos los creyentes sean transformados (librados) al encontrarse con Cristo en el aire, cuando Él venga:

Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. Os digo un misterio: No todos moriremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta, porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles y nosotros seremos transformados, pues es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción y que esto mortal se vista de inmortalidad. Cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: «Sorbida es la muerte en victoria». ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde, sepulcro, tu victoria?, porque el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la Ley. Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano (1 Corintios 15:50-58, RVR 1995).¹⁸

¹⁵ Robert James Utley, *The Gospel According to Paul: Romans, Volume 5*, Study Guide Commentary Series (Marshall, Texas: Bible Lessons International, 1998), Romanos 6:8-11.

¹⁶ *Ibid.*, Romanos 6:12-14.

¹⁷ *Ibid.*, Romanos 6:18, 19.

¹⁸ *La Santa Biblia: Versión Reina-Valera 1995*, 1 Corintios. 15:50-58.

La Obra del Espíritu Santo en la Santificación

La nueva vida en Cristo —el resultado de la obra de [Cristo en] la cruz— separa a los creyentes y los consagra para el servicio a Dios. Esta obra es inmediata, y hace que el creyente sea santificado ‘posicionalmente’. No obstante, la obra de santificación continúa, y tiene que llegar a su plena realización en la vida de cada creyente. La obra de Dios de traer a los creyentes a la perfección es un esfuerzo conjunto que pone en los creyentes la responsabilidad de responder apropiadamente a la obra santificadora del Espíritu Santo en sus vidas.

Esa respuesta, por obligación, comienza con un deseo sincero de ir en pos de la abnegación. Jesús amonestó a Sus seguidores diciendo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Marcos 8:34). Es evidente que la cruz a la que se refería Jesucristo era una profecía del sacrificio que finalmente tendría que hacer. Jesús mismo fue santificado (separado) para el servicio a Dios, pero fue perfeccionado por Su obediencia a la voluntad del Padre. El aspecto posicional de la santificación solamente requiere que el creyente se entregue a Cristo. Sin embargo, la realización del mismo ocurre mediante la entrega continua y el autosacrificio. En Gálatas 5:22, Pablo describe la realidad de la vida santificada como el producto (fruto) del Espíritu Santo. Los aspectos cristológicos de la santificación son bien apreciados y prominentes en nuestras fórmulas doctrinales. En 1 Corintios 1:2, Pablo se refirió a los corintios como siendo “santificados *en Cristo Jesús* (énfasis añadido)”.

No obstante, en muchos casos no se han enfatizado los aspectos pneumatológicos de la santificación. El término “santificación del Espíritu” (o mejor dicho, la obra santificadora del Espíritu) es empleado por Pablo varias veces en sus escritos. Como parte de la obra salvífica de Dios por medio de Cristo, el Espíritu Santo efectúa el plan de salvación en la vida de los creyentes. El Espíritu Santo es quien santifica (separa) y empodera al creyente para que viva una vida santificada (consagrada). En 2 Tesalonicenses 2:13, Pablo emplea el vocablo “santificación *por el Espíritu* (énfasis añadido). Esta frase es un genitivo subjetivo que indica que la santificación es realizada por el Espíritu Santo. Pedro expresa la misma idea en 1 Pedro 1:2, en la salutación a los creyentes esparcidos por causa de la persecución. Escribió: “Elegidos según el previo conocimiento de Dios Padre **en santificación del Espíritu** [énfasis añadido], para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas” (RVR 1995). En vista de estos dos versículos, queda claro que se entendía comúnmente que el Espíritu Santo era el agente activo inicial en la obra de santificación y en el proceso continuo de santificación en el creyente.

Por cuanto somos pentecostales, tenemos que aceptar que la Biblia y la teología trinitaria reconocen que el Espíritu Santo ejerce una influencia permanente en la vida del creyente. Nunca debemos imponer límites o atribuir un carácter lineal al rol del Espíritu Santo, pues esto hace que lo veamos como el que aplica la obra consumada de la cruz, pero sin tener relación alguna con nuestro caminar diario en pos de la santidad. Como ha observado un erudito pentecostal: “En tiempos recientes, la teología trinitaria ha ido abandonando las limitaciones del enfoque lineal a la participación de la Trinidad en la salvación, y ha ido en pos de un modelo más interactivo (pericorético y koinoníaco). En dicho modelo, el Espíritu —como Dador y Comunicador de la vida— tiene un rol activo en la realización de la justicia de Cristo y también en nuestra participación en dicha justicia, evitando así la posibilidad de limitar al Espíritu a la recepción subjetiva de una

expiación que se puede describir bastante bien sin la ayuda del Espíritu”.¹⁹ De hecho, tenemos que saber que la obra del Espíritu Santo en la santificación incluye ministraciones tales como la convicción por el Espíritu, la transformación de la experiencia, las revelaciones sobre Cristo, el fortalecimiento en nuestro caminar diario con Dios, y la infusión y crecimiento del amor para con los demás. Tal obra del Espíritu Santo fue descrita por Jesucristo cuando habló a los discípulos sobre la obra del Consolador (*Paraceto*):

Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga y os hará saber las cosas que habrán de venir (Juan 16:7-13, *RVR 1995*).

Aunque por lo usual definamos la vida santificada por las cosas de las cuales nos abstenemos (actividades externas), la misma es descrita más correctamente por el desarrollo del fruto del Espíritu en nuestras vidas. El fruto del Espíritu destaca una faceta del esfuerzo conjunto. El otro lado es representado por la declaración paulina en Gálatas 5:24, y trata con aquello que los creyentes tienen que hacer. “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne (*sarx*) con sus pasiones y deseos”. Pablo entonces hace esta declaración en el versículo 25: “Si vivimos (*zao* – tener la verdadera vida y ser digno del nombre) por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”. La frase se traduce mejor así: “Ya que este es vuestro principio de vida, adapten vuestra conducta (caminar) al mismo”.²⁰

De manera similar, en 1 Corintios 6:11, Pablo dice: “Y esto erais algunos de vosotros, pero ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios”. Aunque Pablo mencione la santificación antes de la justificación en esta letanía de acción, no debemos interpretarlo como un orden cronológico. Según los datos, el orden debiera ser: *justificados, lavados* (bautismo), *santificados*; pero Ellicott comenta, con toda razón, que “...en esta epístola, este orden no se declara con ningún tipo de precisión puesto que el propósito principal de la misma es correctiva”.²¹

En otra ocasión, Pablo escribe a la iglesia en Colosas. Llama a estos santos de Colosas “escogidos de Dios”, y “santos” (Colosenses 3:12). Como resultado de la obra santificadora del Espíritu Santo, los creyentes ahora tienen esta orden: “vestíos”. La palabra griega para “vestíos” (“revístanse”, en otras versiones bíblicas) es *enduo*, la cual significa “ponerse algo por vestido”. El verbo está en el aoristo imperativo, el cual indica una acción eficaz, inmediata e incluso urgente. En la lista que sigue, Pablo enumera las cosas que los creyentes deben ponerse, en contraste con las cosas de las cuales se despojaron (Colosenses 3:8). Los “vestidos” que deben ponerse (hacerlas parte de sus vidas) eran: entrañable misericordia, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia.²² La conexión entre este texto y Gálatas 5:19-23 es evidente.

¹⁹ Frank D. Macchia. *Justified in the Spirit*. Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Co., 2010, pág. 297.

²⁰ Spiros Zodhiates, *Hebrew-Greek Key Word Study Bible-NASB*. Chattanooga, TN: AMG Publishers, 2008, pág. 2278.

²¹ *Ibid.*, pág. 2079.

²² James Strong. *Strong's Exhaustive Concordance*. Iowa Falls, IA: Riverside Books, 1995, (Colosenses 3:12).

Además de la cuestión de la segunda venida de Cristo (que causó algunos problemas en las iglesias en Tesalónica), Pablo habla sobre el problema imperante de la inmoralidad sexual. En Tesalónica, además de las costumbres licenciosas ordinarias de los gentiles, la inmoralidad era fomentada por el culto cabírico. “Hacia el tiempo de Pablo, se dio aprobación política a este culto deificando al emperador como Cabiro”.²³

En 1 Tesalonicenses 4:1 (RVA 1909), Pablo expresa la importancia de la reacción del creyente a la obra de santificación del Espíritu Santo en su vida. Él dice: “Resta pues, hermanos, que os roguemos y exhortemos en el Señor Jesús”. El uso de ambos términos manifiesta la intensidad y urgencia de la preocupación del apóstol. Su preocupación es que obedezcan la palabra que “han recibido”. La palabra los instruyó sobre cómo debían “agradar a Dios”. En el versículo 3 del mismo capítulo, dice: “La voluntad (*thelema* — se refiere a un deseo, un anhelo profundo, y el anhelo de algún evento) de Dios es vuestra santificación (*hagiasmos* — literalmente significa santificación, e incluye las ideas de la consagración, purificación, dedicación y santidad)”. El vocablo *hagiasmos* aparece solamente en la Biblia griega y en los escritos eclesiásticos. Contiene la idea técnica de la consagración a un dios o una diosa, pero no necesariamente incluía el concepto de la santidad como nosotros la entendemos. A.T. Robertson observa que:

En el griego secular, *hagiasmos* comunicaba la idea técnica de la consagración a un dios o una diosa que no incluía la santidad en la vida. Así que Pablo hace aquí una férrea y ferviente defensa del concepto cristiano de la santificación como siendo “la voluntad de Dios”...como lo explica mejor... la frase “que os apartéis de fornicación”. La religión pagana no exigía la pureza sexual de sus devotos. Vuestra santificación es, literalmente, “vuestro santificarse”. Tenga en cuenta el contexto cultural al estudiar esta sección. Recuerde que mantener la pureza sexual era un gran problema para la iglesia primitiva.²⁴

El llamado a la santificación (separación, consagración) en la vida de los seguidores de Cristo habría de ser cualitativamente distinto al de los devotos en los templos paganos. Su santificación (en ese contexto) debía manifestarse en su abstinencia de la fornicación y “tener su vaso en santificación y honor”. Aunque haya cierta controversia sobre el término “su vaso” (se puede referir al cuerpo o a la esposa), no hay duda alguna de que Pablo quería que supiesen que la obra de la santificación de parte de Dios se tenía que reflejar en su manera de vivir. Aunque la obra santificadora de Dios fuera completada en Cristo Jesús en la cruz (el pasado), y aunque esté siendo puesta en práctica por el Espíritu Santo en la vida de los creyentes (el presente), es importante que tengamos en cuenta que siempre existe la expectativa futura de la glorificación (entera santificación) cuando venga el Señor. Esa también será una obra del Espíritu Santo en el creyente (1 Corintios 15:52, 53). En la epístola a los tesalonicenses, vemos que la perspectiva escatológica (el tiempo del fin) ocupa un lugar preeminente. El Dios que los santificó habría de preservarlos hasta el fin. En 1 Tesalonicenses 5:23 dice: “El mismo Dios de paz os santifique (separe, consagre, limpie) por completo (*holotelēs* — ‘perfecto’, ‘completo en todos los sentidos’)”. El vocablo *holotelēs* también significa ‘consumación’ o ‘fin’.²⁵ La santificación (separación) del pueblo por parte del Espíritu Santo era parte del plan eterno que habría de ser mayor que cualquier asunto individual. La obra santificadora de Dios habría de tener un aspecto corporativo

²³ D. Edmond Hiebert. *The Thessalonian Epistles (A Call to Readiness)*. Chicago: Moody Press, 1971, pág. 165.

²⁴ D. Edmond Hiebert. *Ibíd.*, pág. 167.

²⁵ James Strong. *Ibíd.*, 1 Tesalonicenses 5:23.

en la medida en que la iglesia, el cuerpo de Cristo, refleje la gloria del Dios santo al mundo.

La Santificación Corporativa

Desde el comienzo del ministerio de Cristo, cuando “convirtió el agua en vino” en Caná (Juan 2:1-11), hubo un reconocimiento implícito de la responsabilidad corporativa de velar por el bienestar de otros, más allá de la agenda personal o comodidad propias. Aunque algunos puedan cuestionar esta aplicación, el Santo de Dios realizó actos asombrosos que no eran necesarios, pero que fueron beneficiosos para aquéllos que Lo rodeaban. De igual manera, Pablo, en los últimos capítulos de Romanos, escribe a los hermanos judíos en Roma para ayudarlos a comprender su responsabilidad corporativa de comportarse de una manera tal que demuestre a los incrédulos la santidad de Jesucristo (Romanos 14:13-15:6). Tal como Jesús, no deben complacerse a sí mismos, sino que deben negar incluso sus propios derechos para que los demás vean su conducta de paz y amor mutuo, con la cual glorifican “al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (15:6). La santificación corporativa se vuelve cada vez más esencial en una sociedad inundada con el egocentrismo y el individualismo, particularmente en las culturas que dan poco o ningún testimonio de Jesucristo y Su santo propósito de altruismo. Efesios 5:25-27 (RVR 1960) dice:

Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.

Esta sección de Efesios cae bajo la sección conocida como las “Normas del Hogar”. Pablo concebía el vínculo sagrado del matrimonio como una relación santificadora. El esposo era separado para la esposa y viceversa. El amor del esposo por su esposa debía ser mutuamente gratificante y santificador. El amor mutuo sería amor santificador. Cualquier trastorno [causado] a esta relación debía tenerse por pecado. Pablo concebía la obra santificadora de Cristo en este contexto. Cristo amó a la iglesia y se entregó (*paradidomi* – poner en manos de otro) a Sí mismo por ella. Esto hizo para santificarla (hacerla santa). Aquí la palabra “santificarla” es la traducción del verbo griego *hagiase*. El verbo se emplea aquí en el aoristo, lo cual indica que es un evento consumado en el pasado. Por causa del sacrificio de Cristo, los efesios eran, de hecho, santificados. El texto indica que la santificación de ellos fue lograda mediante el lavamiento. El vocablo “lavamiento” es la traducción del griego *katharizo*, lo cual significa “hacer que algo se vuelva limpio”. En el sentido espiritual, significa “purificar de la contaminación y la culpa del pecado”. En el griego secular *katharizo* aparece en inscripciones para los lavamientos ceremoniales. Esta expresión no aparece en ninguna otra parte del corpus paulino. Pablo enfatiza la dimensión corporativa al asegurar que la iglesia fue santificada mediante la muerte de Cristo.

En 1 Corintios 1:2, Pablo dice: “A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro”.

Con este versículo de apertura en 1 Corintios, uno no puede ignorar que el problema fundamental de los creyentes corintios era la actitud egoísta de los miembros de la iglesia que

deseaban su libertad a costa del bienestar de los demás. Los escritos de Pablo demuestran su interés tanto por el individuo como por el ente (cuerpo) corporativo. Hay una clara dimensión corporativa en sus pensamientos. La misma aparece cuando Pablo dice que cualquier acción que lastime a un cristiano individual es realmente una afrenta a Cristo (8:12). También aparece definitivamente cuando dice que un acto en aislamiento pudiera parecer insignificante e inocuo, pero como acto social puede llegar a ser intensamente significativo (10:16-30).²⁶

La iglesia —en la medida que refleja o lleva cada vez más la santidad de Cristo los unos a los otros y a los incrédulos que pudieran congregarse o socializar con ellos— puede también llevar la potencia de una influencia santificadora que haga que otros deseen tener una relación con el Dios Santo:

¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso (2 Corintios 6:15-18, *RVR 1960*).

En el *Gingrich New Testament Lexicon*, encontramos el vocablo griego *anforizo*, que significa “apartar, quitar, separar, excluir” (Mateo 13:49; 25:32; Lucas 6:22; Hechos 19:9; 2 Corintios 6:17; Gálatas 2:12).²⁷ De nuevo, hay un llamado inconfundible a que el pueblo se separe en conducta y testimonio en la vida. Además, vemos la inclusión de la santidad no solamente en lo concerniente a la persona, sino también con el pueblo como ente total. Esto es señalado más adelante en el versículo 16 con la referencia a “mi pueblo”.

“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9, *RVR 1960*).

La iglesia se compone de los santificados en Cristo Jesús y llamados a ser ‘santos’ (1 Corintios 1:2). En esencia, Pedro les estaba recordando que, en medio de sus persecuciones, Dios los estaba edificando como una casa por medio de Cristo y la obra santificadora del Espíritu Santo. “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5). Los cristianos son “hermanos santos” (Hebreos 3:1), “templo santo en el Señor” (Efesios 2:21; 1 Corintios 3:17), e “instrumento[s] para honra, santificado[s], útil[es] al Señor, y dispuesto[s] para toda buena obra” (2 Timoteo 2:21).

Como entidad corporativa o iglesia, no podemos ignorar nuestro privilegio y deber colectivo de ser luz en las tinieblas. Cuando los cristianos tienen un testimonio mutuo que dé alabanzas armoniosas a Dios, Su santidad es exaltada y demostrada como una virtud atractiva para los que ven muy poco de ella en las familias, los grupos y las sectas religiosas de hoy. Por el otro lado, no se puede forzar esta unidad santa y pasión por la vida santa con resoluciones legalistas ni coerción, puesto que carecen de atractivo a los incrédulos que ya se enfrentan a sectas combativas y otras religiones carnales que tratan de obligar a sus adherentes a obedecer un conjunto de reglas rígidas. Más bien, la santificación corporativa tiene que surgir de cristianos sinceros que quieran agradar a Dios

²⁶ J. Ayodeji Adewuya. *Holiness and Community*. New York: Peter Lang Publishers, 2003, pág. 185.

²⁷ *Gingrich New Testament Lexicon*: Parsons Technology: (Electronic Edition, STEP Files), 2007, pág. 31.

ofreciendo sacrificios espirituales. En verdad, sólo una pasión genuina y voluntaria por la santidad en la iglesia puede atraer a los que buscan con sinceridad una mejor manera de vivir.

La Santificación Misional

“Santificalos en la verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17, *NBLH*).

En Juan, ‘santificación’ significa generalmente ‘separación’ y, particularmente, ‘separación para la misión.’²⁸ El medio para que esto sea logrado consiste en la verdad. Jesús es esta verdad (Juan 14:6). Esta verdad llega por medio de la obra del Espíritu Santo (16:13), quien hace que la verdad de Jesús cobre vida en los corazones de los discípulos.

Por lo tanto, tenemos que discutir la ‘santificación misional’, ya que es crucialmente importante para Jesucristo. A todos los que Él ha santificado, y continúa santificando, no [los santificó] solamente para mejorarlos y desarrollarlos como cristianos, sino que Su Espíritu santificador sigue ayudándolos a ser testigos del poder del Santificador. Nada ha tenido tanto impacto en los pueblos y las naciones a través de la historia como la santa obra de Cristo Jesús en los creyentes. En el primer siglo, a medida que veían la fe de los cristianos, al igual que el cambio radical en el carácter y la vida de estos nuevos creyentes, las personas eran influenciadas por las vidas santas de estos hombres y mujeres que glorificaban al Dios santo. Hoy se necesita esa misma santificación misional en la iglesia para que los cristianos puedan evangelizar a sus comunidades, en donde se necesita ver la imagen de Cristo en la vida práctica. Si vivimos con esta clase de pasión por buscar a un Dios santo, los hombres “verán y alabarán a Dios, el Padre de ustedes que está en el cielo” (Mateo 5:16, *TLA*).

La ‘santificación misional’ es una gloriosa bendición subsecuente a la santificación corporativa. Esta consecuencia espiritual de la santidad da énfasis a la relación y la responsabilidad que la iglesia debe tener con la comunidad mundial. La iglesia es el regalo de Dios para el mundo; y por lo tanto, ha sido llamada a alcanzarlo. Debemos reflejar aquí la gloria de Dios a los perdidos, e involucrarnos en exhortar a las personas a tener una relación con Él. Como “real sacerdocio” y “nación santa” (1 Pedro 2:9), la iglesia tiene que participar en experiencias vitales de evangelización a los perdidos mientras nos acercamos al regreso inminente de Cristo.

El Concepto Bíblico de la Santidad

La Definición del Pecado

En su obra clásica *A Right Conception of Sin*, Richard S. Taylor dice: “Cualquier doctrina que se relacione con el pecado es afectada por nuestro concepto y definición del mismo. La mayoría de los errores en la teología tienen su origen, por lo usual, en una definición defectuosa del pecado”.²⁹ Todo lo que sea injusticia es pecado. Esto es, todo aquello que no proceda de la justicia —ya sea por

²⁸ D. A. Carson. *The Gospel According to John*. Grand Rapids, MI: Eerdmans (InterVarsity Press), 1991, pág. 565.

²⁹ Richard S. Taylor. *A Right Conception of Sin*. Kansas City, MO: Beacon Hill Press, 1945, pág. 9.

comisión o por omisión— es pecado. El pecado es tanto una condición como un acto de transgresión contra la ley de Dios, la naturaleza o la sociedad.

El pecado se ha vuelto universal desde que entró en el mundo: “todos pecaron” (Romanos 5:12). Así que el hombre es depravado. De hecho, es completamente depravado. A pesar del modernismo y las sutilezas del lenguaje y la fraseología, no podemos darnos el lujo de concebir el pecado desde la perspectiva de la cultura moderna y el modernismo. La única y correcta perspectiva del pecado es la perspectiva de Dios. En otras palabras, ¿cómo ve Dios el pecado? Sólo teniendo una perspectiva correcta del pecado —su corrupción, su mancha y su naturaleza atroz— podremos ensalzar correctamente a Jesucristo, quien se ofreció a Sí mismo para la salvación de la humanidad.

El pecado entró en la humanidad por medio de Adán y vino a ser universal, resultando primero en la muerte espiritual, y luego en la muerte física (Génesis 2:17; Romanos 6:23). Todo ser humano nace en pecado (Salmo 51:1-5), pero no nace para pecar (Romanos 6:16). La “depravación total” significa que la voluntad, el intelecto y las emociones del ser humano están corrompidos por el pecado. Con el término “depravación total” queremos decir que el hombre está completamente perdido. Sin embargo, esto no significa que no exista nada bueno en el ser humano, pues éste aún lleva en sí algunas señales y pruebas de su bondad y dignidad originales de antes de ‘la caída’. Así que, el principio esencial del pecado es la incredulidad a la Palabra de Dios, lo cual llevará a un proceso gradual de decadencia o deterioro de la voluntad y propósito de Dios para con la humanidad.

Jesucristo asumió la naturaleza humana para poder morir. Su muerte en la cruz fue nuestra muerte (Romanos 6:23). Él murió en nuestro lugar. Dios tomó la iniciativa de redimirnos cuando proveyó el sacrificio idóneo y perfecto en la persona de Su Hijo Unigénito —Jesús—, quien es la única satisfacción completa de Su justicia. Esta es la demostración plena del amor de Dios por el ser humano (Juan 3:16). Dios no se detuvo en hacer propiciación completa por el pecado en Jesús; sino que continúa otorgando los plenos beneficios de esa propiciación, hecha por Sí mismo, por medio de Su gracia y del Espíritu Santo. Por tanto, “a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12).

Por lo general, se percibe al pecado como un concepto doble. En el Salmo 51:5 vemos el primer aspecto: “En pecado me concibió mi madre”. Y en 1 Juan 3:8 vemos el otro aspecto: “El que practica el pecado es del diablo”. El texto del salmista se refiere a una naturaleza que viene con el nacimiento. Esto se llama a menudo “pecado original”, “pecado heredado”, “depravación total” o “naturaleza caída”. Pero el texto en 1 Juan se refiere al acto de cometer pecados, que también se conoce por “pecado actual”. A menudo, puede ser difícil determinar si un pasaje bíblico se refiere al pecado como estado o al pecado como acto.

El aspecto de la teología que trata con el asunto del pecado se conoce por “hamartiología”, y está inextricablemente unido a la “soteriología”, la cual incluye la doctrina de la salvación y las resultantes doctrinas de la justificación y la santificación. La justificación es el acto declarativo de Dios en el cual un pecador es declarado justo. A esto se le conoce por “justicia imputada”. La exposición paulina del pecado en Romanos 5-6 es útil para comprender los efectos extensivos del pecado en la humanidad, al igual que la respuesta apropiada por parte de ésta. Pablo señala repetidamente que el pecado del primer hombre resultó en la participación de la humanidad en todos los efectos del pecado (Romanos 5:12; 17-19). Por consiguiente, toda la humanidad nace con esta naturaleza heredada y pecaminosa. También, a partir de este concepto, surgió la doctrina del pecado original.

Por cuanto se relaciona con la santificación, la doctrina del pecado original se vuelve esencial para comprender el rol salvífico de esta obra de gracia. En la obra *Five Views on Sanctification*, Melvin Dieter dice: “Un punto central en cualquier teología es la postura que acepte sobre la naturaleza de la situación humana. Podría decirse que la doctrina que uno tenga sobre el pecado original es un concepto que determina, tanto como cualquier otro, la perspectiva que uno tenga sobre la santificación”.³⁰

Aunque fuese desarrollada antes de la época de Agustín, la doctrina del pecado original tuvo su desarrollo más significativo en las obras de Agustín. Agustín creía que, por el pecado de Adán, “la masa entera de nuestra naturaleza fue arruinada, y cayó en posesión de su destructor. Nadie se ha librado de él, ni se librará de él, excepto por la gracia del Redentor”.³¹ La doctrina del pecado original y la resultante doctrina de la depravación total de la humanidad produjeron parte del terreno fértil para la doctrina de la entera santificación, la cual habría de surgir más adelante.

La Historia de la Santidad y la Santificación

Cualquier intento de profundizar la comprensión de las doctrinas bíblicas de la santidad y la santificación deberá incluir una investigación de los acontecimientos y conceptos a través de la historia de la iglesia. Hay muchas fuentes primarias y secundarias que describen detalladamente los esfuerzos continuos de la iglesia por interpretar el canon de las Escrituras en lo concerniente a la santidad, y aplicar correctamente estos conceptos a la vida de la iglesia. Estas fuentes incluyen los escritos de muchos padres de la iglesia antigua, y muchas referencias a los mismos. Además, los escritos de Agustín y los reformadores posteriores son igualmente importantes. Las fuentes más recientes incluyen los estudios del movimiento de santidad y del pentecostalismo. (Nota: Si desea estudiar más profundamente los padres de la iglesia antigua y los movimientos subsecuentes y su impacto sobre la doctrina de la santidad/santificación, favor de consultar el documento de estudio original del Comité DBG, publicado en 2012, el cual se titula “En Pos del Dios Santo”).

Nociones Comunes sobre la Santificación/La Santidad

Juan Wesley trató los temas de la santificación y la santidad al escribir numerosos sermones sobre ambos temas. En uno de esos sermones, explicó el rol del Espíritu Santo en el proceso de la santificación. A continuación, una larga pero beneficiosa cita de Wesley:

Si tomamos esta salvación en su sentido más extenso, incluye toda la obra que se lleva a cabo en el alma, lo que con frecuencia se llama “conciencia natural”, pero más propiamente “gracia preveniente”. Incluye todos los llamamientos del Padre, los deseos de tener a Dios, que si los alimentamos, aumentarán más; toda esa luz con que el Hijo de Dios “alumbra a todo hombre que viene a este mundo”; enseñando a todos los hombres a “hacer juicio, amar misericordia,

³⁰ Melvin E. Dieter, et al. “Wesleyan View”, in *Five Views on Sanctification*. Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing, 1987, pág. 21.

³¹ Kenneth S. LaTourette. *A History of Christianity, Volume 1*. San Francisco, CA: Harper Collins Publishers, 1975, pág. 178.

y humillarse” para andar con su Dios. Incluye también todas las convicciones que su Espíritu inspira de tiempo en tiempo en cada criatura, si bien es cierto que la mayoría de los hombres las ahogan inmediatamente y poco después las olvidan, o al menos niegan que las hayan tenido.

Al mismo tiempo que somos justificados, en el mismo instante, principia la santificación. En ese momento nacemos de nuevo, nacemos de lo alto, nacemos del Espíritu, tiene lugar un cambio real lo mismo que relativo. Somos renovados interiormente por el poder de Dios. Sentimos “el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado”, y quien engendra el amor al género humano y muy especialmente a los hijos de Dios. Excluye el amor del mundo, el amor del placer, de las comodidades, de los honores, y del dinero; lo mismo que la soberbia, la ira, la voluntad propia y toda clase de mala disposición. En otras palabras, convierte la mente terrena, sensual, diabólica, en la mente de Cristo.

Cosa muy natural es que quienes sienten ese cambio imaginen que ya no queda ningún pecado. Que ha sido arrancado de raíz del corazón. Que ya no ocupa en él ningún lugar. Cuan fácilmente sacan esta conclusión: “No siento ningún pecado, por consiguiente, no tengo ninguno. No se mueve, por consiguiente, no existe. No tiene movimiento alguno, por consiguiente, no tiene ser”.

Pero muy pronto se desengañan al descubrir que el pecado estaba dormido, pero no muerto. Vuelve la tentación y revive el pecado, mostrándoles que estaba aturdido, mas no muerto. Sienten en sí mismos dos principios contrarios el uno [del] otro: “la carne luchando en contra del Espíritu”; la naturaleza oponiéndose a la gracia de Dios. No pueden negar que si bien tienen el poder de creer en Jesucristo y de amar a Dios, si bien el “Espíritu” aún testifica con sus espíritus que son hijos de Dios, algunas veces sienten soberbia, voluntad propia, cólera o incredulidad. Sienten que algunas de esas pasiones se mueven con frecuencia en sus corazones, si bien no conquistando, tal vez atacándolos con frecuencia para que caigan, pero el Señor es su ayuda.

Desde el momento en que nacemos de nuevo, empieza la obra gradual de la santificación. El Espíritu nos ayuda a mortificar “las obras de la carne” de nuestra naturaleza perversa, y mientras más muertos estamos al pecado, más enteramente vivimos para Dios. Pasamos de gracia en gracia mientras tenemos cuidado de abstenernos “de toda especie de mal”. Somos “celosos de buenas obras”, según se presenta la oportunidad. Cumplimos sin falta con todas las ordenanzas, adorando a Dios en ellas en espíritu y en verdad. Tomamos nuestra cruz y no nos permitimos ningún placer que no nos guíe hacia Dios.³²

Aunque Wesley expresó muchas otras ideas en este sermón, su inclusión del Espíritu Santo es esencial para nuestro entendimiento de la búsqueda de la santidad. La falta de comprensión y aceptación del rol del Espíritu Santo en la santidad ha dejado a muchos sin el catalizador, y necesitamos esta dirección constante de la tercera Persona de la Trinidad. Se ha dicho sabiamente que:

³² Juan Wesley. “The Scripture Way of Salvation” [“El Camino Bíblico de la Salvación”]. John Wesley Sermon Collection [Colección de Sermones de Juan Wesley]: Electronic Edition, STEP Files, Copyright © 2008, Quick Verse. Extractos de las págs. 1, 2. [N. del T. — El texto en español de este sermón fue tomado de la página web del “Wesley Center Online”, el cual se encuentra en <http://wesley.nnu.edu/>].

Para relacionarse correctamente con Dios —esto es, conocer y seguir a Dios— se requería un desarrollo transformador progresivo. La participación en la adoración y el testimonio pentecostales produjo, con el tiempo, una transformación “eficaz” en la cual las vidas fueron formadas y moldeadas por su experiencia con Dios... El Espíritu habría de guiarlos a la justicia. El Espíritu habría de buscar en el corazón y, por la Palabra, señalar aquello que no era según Cristo y, por consiguiente, carnal. El Espíritu habría de llenar y dirigir en ese poderoso testimonio. El Espíritu habría de expresarse mediante los dones y el fruto, el carácter divino siendo formado en el creyente debido a la participación en la vida divina. Por medio del Espíritu, el Padre, el Hijo y el Espíritu vinieron a hacer morada en el creyente.³³

Las Presuposiciones en la Formación Pasada de la IDP

Mientras escudriñamos las Escrituras, debemos tener en cuenta la búsqueda de la santidad entrelazada en las páginas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Las presuposiciones pasadas de la Iglesia de Dios de la Profecía (en lo sucesivo, la abreviaremos “IDP”), y de otras denominaciones similares, fueron influenciadas por el movimiento de santidad del siglo XIX. Aunque este movimiento se esparció por Gales, Escocia, Inglaterra y los Estados Unidos con un avivamiento espiritual positivo, también llevó consigo algunas interpretaciones bíblicas erróneas que alteraron algunas de las enseñanzas originales de Juan Wesley y de Jacobo Arminio. Tras adquirir nuevos significados, frases [existentes] tales como “entera santificación”, “santificación instantánea” y “perfección sin pecado” comenzaron a incrustarse en el movimiento, e influenciaron las creencias de la iglesia y las interpretaciones doctrinales. Nuestro fiel movimiento aceptó estas doctrinas de manera corporativa y se esforzó con toda sinceridad por poner en práctica sus consecuencias en, y mediante, sus estilos de vida. Muchos atribuyen el rápido crecimiento y avance global de la iglesia, en este período particular de su historia, a su enfoque unificado a la santificación corporativa y a su búsqueda de la santidad. Aunque estas frases acuñadas conllevaran algunas inferencias incorrectas que afectaron a la mayoría de las iglesias pentecostales, no impidieron que la iglesia [continuara] sus bien orientados esfuerzos de proclamar el evangelio y hacer discípulos para Cristo.

A pesar de que algunos de los escritos antiguos de esta iglesia enfatizaran una experiencia instantánea que consistía de un acontecimiento definitivo, hay pruebas de que éstos no afectaron grandemente a la iglesia en el cumplimiento de su misión.³⁴ Aunque estos dos documentos sólo citan algunos versículos bíblicos relacionados con la santificación, y discuten muy poco sobre el proceso continuo de la santidad, muchos tenían realmente un anhelo profundo de ser [hechos conformes] a la imagen de Cristo. Se ha dicho que la himnología de una iglesia es el reflejo de su teología. Por consiguiente, las canciones e himnos de aquella época, tales como “Junto a la Cruz” (escrito por Elisha Hoffman en 1904), reflejaban nuestra teología implícita y no escrita [oral]. (“Fuente preciosa de salvación, qué grande gozo yo pude hallar, al encontrar en Jesús perdón, ¡A su nombre gloria!”). Asimismo, el Espíritu Santo se menciona solamente como la tercera experiencia, pero no se hace mención del rol del Espíritu Santo en la santificación inicial, ni tampoco la necesidad de que el Espíritu anime al cristiano a procurar más gracia santificante por toda la vida. La omisión

³³ Steven J. Land. *Pentecostal Spirituality*. Sheffield Academic Press: Sheffield, England, 2001, pág. 130.

³⁴ A. J. Tomlinson. *Sanctification: A Second Work of Grace and Sanctification: A Peculiar Treasure*. Casa de Publicaciones Ala Blanca: Cleveland, TN (tratados, sin fecha de publicación).

de estos componentes clave por parte de otros pioneros del movimiento de santidad del siglo XIX fue considerado una prueba indiscutible. La exclusión involuntaria de varios pasajes bíblicos sobre el madurar en la santidad promovió entre algunas personas la noción de que, una vez que eran santificados, no necesitaban una experiencia de crecimiento con Dios tras el bautismo del Espíritu Santo, aunque otras reflejaron un anhelo profundo de buscar de Dios.

A pesar de este interés vehemente por la experiencia de santificación inicial, hubo excepciones que indicaron la necesidad de permitir que el Espíritu Santo siguiera obrando en esta búsqueda de la santidad. En el tratado *Sanctification: A Second Work of Grace*, A.J. Tomlinson declara que “la santificación, como obra definitiva de la gracia subsecuente a la regeneración, debe ser deseada por todos” (página 2). Aunque Tomlinson declaró que la santificación es una obra de gracia definitiva, no sostuvo la idea de que ‘una vez santificado, siempre santificado’. En este mismo tratado dijo:

Para obtener esta experiencia, el creyente se mete de una vez —o por un acto de fe— en la corriente purificadora, y es hecho inmediatamente limpio. *Se mantiene limpio permaneciendo en esa corriente*, o permaneciendo fiel. La pureza es retenida en la misma condición en que se obtuvo; y *permanecer bajo la ola purificadora* es ser fiel a las condiciones de la pureza. Jesús expresó la idea del lavamiento continuo mediante la figura de “permanecer en la vid” (cursivas añadidas para dar énfasis).³⁵

La Norma y la Excepción

La santificación, sea en la experiencia inicial en la vida de un creyente o en el crecimiento continuo en la vida de un cristiano, puede que no siempre tenga lugar de la misma manera que en la vida de otros. Para Dios, la norma no excluye a la excepción, porque Dios no es sólo el Creador, sino también Aquel que vuelve a crear. En 2 Corintios 10:7, en respuesta a los que cuestionaron su llamado y experiencia con Cristo, Pablo expresa esta verdad profunda: “Miráis las cosas según la apariencia. Si alguno está persuadido en sí mismo de que es de Cristo, esto también piense por sí mismo: que como él es de Cristo, así también nosotros somos de Cristo”. Aunque el ministerio y apostolado de Pablo era radicalmente distinto al de otros apóstoles como Pedro y Juan, no era menos genuino por ser una excepción a la norma. En Hechos 15:8, 9 también vemos la misma observación hecha por Pedro, quien, al relatar los sucesos ocurridos en casa de Cornelio, destaca esta excepción que difería radicalmente de lo que él y otros habían visto y oído en el día de Pentecostés. Él dice: “Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones”. La manera y las manifestaciones externas [visibles] que aparecieron el día de Pentecostés (llamas de fuego posando sobre cada creyente, el viento recio y el hablar en otras lenguas humanas) se convirtieron en la excepción, y no en la norma que se encuentra en el resto del libro de los Hechos e incluso en nuestras iglesias hoy.

Habiendo examinado cómo funciona la excepción a la norma en otras partes de la Biblia, [vemos que] la experiencia de la santificación inicial no siempre ocurre en los creyentes en la misma manera. De hecho, la historia de la experiencia de santificación de A.J. Tomlinson (véase el documento de estudio original del DBG de 2012: “En Pos del Dios Santo”), al igual que muchos otros testimonios, son sin duda una excepción a lo que miles de otros han experimentado mientras procuraban y recibían una santificación inicial que los llevara a una limpieza continua, una relación de crecimiento

³⁵ A. J. Tomlinson, *Ibíd.*

que estimula al corazón a buscar la santidad. Debemos respetar esta verdad sobre la norma y la excepción, porque nuestro Dios Creador todavía está haciendo una nueva creación en los corazones y las vidas de los cristianos hoy.

La Cultura y la Santidad

Una de las tensiones existentes en el movimiento de santidad consiste en reconocer la influencia de la cultura mientras se mantiene la integridad del mensaje de santidad. Sin duda, el mensaje de santidad habrá de cruzarse con la cultura porque los seres humanos se forman en un contexto cultural particular. El desafío consiste en cómo impartir el mensaje de santidad en maneras relevantes mientras que, al mismo tiempo, se retiene la integridad del mismo. Una de las preguntas que debemos hacernos es: “¿Cómo conversar con las culturas y subculturas en maneras que sean relevantes y que encarnen el poder del mensaje de santidad para lograr la transformación de las vidas?” De manera similar, debemos preguntarnos: “¿Qué aspecto tomaría la santidad en iglesias de diferentes contextos socioeconómicos y políticos, al igual que en otras culturas que aceptan el mensaje del evangelio?”

Por ejemplo, la perspectiva de la santificación en la cultura africana procede desde un punto de vista distinto al de la cultura occidental. La santidad no es una palabra o doctrina extraña en África ni en la religión africana. En la religión africana tradicional se adoran a muchos dioses y deidades. De hecho, existen dioses para casi todas las cosas y todas las ocupaciones: un dios del comercio, un dios de la guerra, un dios de la cosecha, un dios del matrimonio/fertilidad, un dios del hierro, un dios de la seguridad, y así sucesivamente. También existen deidades en tierras y territorios, a los cuales se atribuye toda supervisión de sus respectivas tierras o territorios. De ahí proviene la expresión “el dios de nuestra tierra”.³⁶

De hecho, algunas personas que son seguidores fervientes de la religión africana tradicional sostienen que, desde la llegada de la religión cristiana y su adjunta “civilización” a nuestra sociedad y comunidades, el mal y el pecado se han agravado. El adulterio, la fornicación, los hurtos, la indecencia, los secuestros, los genocidios, las guerras políticas y otros males se están proliferando cada vez más. El punto que estamos recalando aquí no es que el cristianismo haya traído los vicios y los males, sino que el cristianismo que no es vivido plenamente es una aberración, una excusa para la decadencia moral y el libertinaje. Pablo advirtió que no se debe usar la libertad cristiana como excusa para cometer pecados: “Vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros” (Gálatas 5:13 [véase también Santiago 1:25 y 1 Pedro 2:16]). Decimos, pues, que traer de vuelta la consagración y la santidad al radar de la espiritualidad en nuestra cultura no solamente es muy oportuno, sino que también es un avivamiento de valores y una exaltación de virtudes con las cuales nos podemos identificar y asociar fácilmente. Estando conscientes de que la cultura afecta al mensaje de la santidad y a las iglesias —porque el hombre es un ser socialmente moldeado—, el reto consiste en cómo aplicar la santidad bíblica en un entorno cultural africano que se ha visto muy influenciado por el modernismo y posmodernismo occidentales. La cultura nos desafía a propagar la santidad en maneras que sean relevantes y transformadoras, sin perder la integridad del mensaje.

La cultura ejerce a menudo un rol significativo en la manera de interpretar y aplicar los

³⁶ James Kolawole. Observaciones compartidas con el Comité DBG en consulta con el obispo Kolawole, de Nigeria.

imperativos morales. A menudo, los distintivos culturales del primer siglo, los cuales produjeron tensiones particulares entre los creyentes del primer siglo, no se pueden traducir con facilidad a los contextos contemporáneos. Por lo tanto, las exigencias ético-morales distintivas de los cristianos han requerido un poco de reinterpretación a través de la historia de la iglesia, especialmente en lo que concierne a la doctrina de la santidad. Esto es especialmente cierto con respecto a los ‘distintivos externos’ tales como el vestido, el adorno y las actividades seculares.

El capítulo 19 de Levítico habla principalmente de la santidad en la ética social. El capítulo comienza con la declaración divina: “...santos seréis, porque santo soy yo, Jehová, vuestro Dios” (v. 2). El capítulo define y describe la santidad en todas las áreas de la vida. La siguiente cita capta el espíritu de esta sección de la ley de santidad:

La santidad permanece como el principio fundamental en la larga lista de preceptos establecidos en este capítulo. La santidad es el objeto de toda la ley moral y ceremonial. Sin embargo, por cuanto Dios establece las normas y define lo que la santidad incluye o no incluye, la santidad de Dios funciona como un modelo y como una fuerza motivadora en el desarrollo y mantenimiento de un carácter santo. Para asegurar que no se pierda de vista la lección principal, 15 de las 16 subsecciones terminan con este recordatorio: “Yo soy Jehová vuestro Dios”.³⁷

Es obvio que muchos de los mandatos culturales específicos de Levítico no pueden ser trasladados a las condiciones sociales contemporáneas. Por ende, se requiere un poco de reinterpretación cultural [de tales mandatos] a fin de mantener la relevancia de sus principios tanto para los lectores contemporáneos como para los destinatarios originales.

El movimiento de santidad y el movimiento pentecostal surgieron de una “cuna cultural” estadounidense, por lo que reflejaban una visión culturalmente distinta de los aspectos sociales de la santidad personal. Dicha visión produjo ciertas prohibiciones que apuntaban contra algunos de los males sociales dominantes. De manera similar, la posición de la mujer en la sociedad durante esta época también influenció algunas de las posturas doctrinales. Muchas de las prohibiciones que se convirtieron en parte integral de la doctrina de la santidad en los Estados Unidos y en otras culturas occidentales revelan tener poca o ninguna relevancia cuando se les coloca en diferentes contextos culturales alrededor del mundo. Los asuntos sociales—tales como el vestido, el adorno, las actividades sociales y otros— son cuestiones delicadas que están inextricablemente enlazadas con la cultura y pudieran carecer de aplicaciones idénticas en cuanto a definir la santidad.

El desafío patente al yuxtaponer la santidad y la cultura consiste en llegar a determinar cuáles son las “cosas necesarias” (véase Hechos 15:28) de la santidad, sin importar cuál sea la cultura, mientras que se evita la percepción de que tales decisiones son simplemente el resultado de cierto tipo de ‘negociación cultural’.

Se considera que Hechos 15 marcó un hito en el libro de los Hechos. En este capítulo, el relato lucano narra los acontecimientos que giraron en torno al así llamado “concilio de Jerusalén”. Aunque esta narración se interpreta, por lo usual, en un contexto soteriológico, hay un contexto sociológico sobresaliente que va acompañado de consecuencias culturales. Los aspectos culturales tenían que ver con la interrogante de si era o no necesario que los gentiles guardasen las observancias culturales judías —muchas de las cuales estaban inseparablemente ligadas a su identidad como el pueblo santo de Dios.

³⁷ Walter C. Kaiser. *New Interpreter's Bible, Volume 1*. Nashville, TN: Abingdon Press, 1994, pág. 1131.

El consenso del concilio (“Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros”) fue reconocer la ‘especificidad cultural’ del mensaje del evangelio en ciertos contextos sociales. Por consiguiente, tuvieron el cuidado de identificar ciertos elementos innegociables (*RVR 1960*: “cosas necesarias”; *LBLA*: “cosas esenciales”) que eran requeridos para vivir vidas santas, sin importar cuál fuese el contexto cultural. Es la identificación de las cosas ‘innegociables’ de su época, en contraste con los elementos culturales específicos ‘negociables’, que ayudará a lidiar con la tensión que existe en mantener el estándar de la santidad en un contexto cristiano culturalmente diverso.

La Dinámica Entre la Santificación Personal y la Santificación Corporativa

Aunque el aspecto personal de la santificación sea usualmente el aspecto más enfatizado, el aspecto corporativo (véase el documento de estudio original del DBG de 2012: “En Pos del Dios Santo”) tiene igual importancia en la obra salvífica de Dios en el mundo. El llamado a la santidad incluye la respuesta individual a esa obra de gracia, y también trasciende a la misma. La santificación personal tiene que ver principalmente con la experiencia y expresión de la santificación en el área de la ética personal y la moralidad, mientras que la santificación corporativa tiene que ver con la interacción de toda la comunidad de fe.

En el Nuevo Testamento, se le llamaba ‘santos’ a todos los creyentes. Con el tiempo, la santidad vino a ser atribuida sólo selectivamente a unos pocos cristianos vivientes, o a aquéllos que habían sufrido o se habían convertido en mártires. Este cambio llegó a ser una “reducción del testimonio de todos los miembros hasta quedar con el logro extraordinario de unos pocos”.³⁸

La santidad personal perdió la fuerza que tuvo una vez como catalizador para la propagación del evangelio. Por consiguiente, la santidad fue relegada al ámbito del clero, bajo el control absoluto de la iglesia. La responsabilidad de la santidad personal fue dispensada mediante el sistema de penitencias. McClendon escribe:

La elevación de algunos miembros de la iglesia a roles concretos de santidad, o a la santidad, insinuaba que no todos eran santos, y antes del año 1000 d.C. parecía que existían dos caminos cristianos para llegar al cielo: un camino superior tomado por los santos, el camino de los perfectos, y un camino inferior para los cristianos ordinarios —la práctica de la penitencia.³⁹

La búsqueda de la santidad personal es una actividad que une al creyente con Dios en una relación transformadora. Los siguientes términos son importantes para el concepto de la santidad personal:

La consagración es una entrega voluntaria, un acto por el cual el hombre se separa a sí mismo para Dios. Consiste en mucho más que entregar algo a Dios, ya sea dinero, trabajo u otra cosa. Consiste en entregar a Dios nuestro ego y todo lo demás que lo acompañe. Es una decisión de ser separados para Dios sin importar cuánto nos cueste. Aunque sea una ofrenda o entrega del ego a Él, también envuelve Su aceptación de la ofrenda: “Por consiguiente, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo y santo, **acceptable** a Dios,

³⁸ James W. McClendon. *Systematic Theology, Volume 1 – Ethics*. Nashville, TN: Abingdon Press, 2002, pág. 56.

³⁹ *Ibíd.*, pág. 58.

que es vuestro culto racional” (Romanos 12:1, *LBLA* [negritas añadidas para dar énfasis]). Aquellos que deseen ser santos y buscar de Dios tienen que separarse, y se separarán, de la mayoría que se conforma con una existencia deísta, en el mejor de los casos. La búsqueda de Dios y de Su santidad exige que nos rehusemos a permitir que la mayoría determine y moldee nuestro estándar o búsqueda de Dios. Los creyentes deben buscar a Dios; y deben desear ver lo que Dios ve, oír lo que Dios dice, y estar donde Dios los mande: “Sobre mi guarda estaré, y sobre la fortaleza afirmaré el pie, y velaré para ver lo que se me dirá, y qué he de responder tocante a mi queja” (Habacuc 2:1).

La santificación es subsecuente a la regeneración. Nota: Esto no insinúa que haya una secuencia temporal u orden cronológico, como si no pudieran ocurrir en algunas personas como un acontecimiento simultáneo, al menos en la experiencia de la santificación inicial. La regeneración es la impartición de la vida espiritual a un individuo previamente muerto, espiritualmente hablando. La santificación es la limpieza del individuo de la contaminación del pecado innato. La santificación es recibida por fe, e imparte un deseo de vivir una vida dedicada a la consagración y la búsqueda de la justicia. La prueba de la santificación es la santidad, porque el pecado es abolido por la sangre de Jesús en la vida de la persona santificada (Hebreos 9:22; Apocalipsis 1:15).

La santidad es la actitud de aceptar y confesar lo que Dios dice en Su Palabra y lo que decide en Sus juicios. Es el hábito de conformarnos al parecer de Dios, según encontramos Su voluntad descrita en las Escrituras. Es el hábito de aceptar los juicios de Dios, esto es, odiar lo que Él odia, amar lo que Él ama, y así medir todas las cosas en este mundo con el estándar de Su Palabra. La persona que esté más completamente de acuerdo con Dios, será la persona más santa.

Una persona santa se esforzará por evitar todo pecado conocido, y guardar todo mandamiento conocido. Tendrá una mente orientada hacia Dios; tendrá un deseo ferviente de hacer Su voluntad; tendrá más temor de desagradar a Dios que al mundo; y tendrá un amor por todos los caminos de Dios. Sentirá lo que sintió Pablo cuando dijo: “Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios” (Romanos 7:22); y sentirá lo que sintió David cuando dijo: “Por eso estimé rectos todos tus mandamientos sobre todas las cosas, y aborrecí todo camino de mentira” (Salmo 119:128). Un hombre santo se esforzará por ser como nuestro Señor Jesucristo. No solamente habrá de vivir la vida de fe en Él y obtener de Él la paz y fortaleza diarias, sino que también se esforzará por tener el sentir que Él tuvo y ser hecho “conforme a Su imagen” (Romanos 8:29). Tendrá por objetivo tolerar y perdonar a otros como Cristo nos perdonó, ser desinteresado como Cristo lo fue, andar en amor como Cristo nos amó, y ser humilde como Cristo lo fue, humillándose a Sí mismo. Recordará que Cristo fue un testigo fiel de la verdad, que no vino para hacer Su propia voluntad, que Su comida y bebida era hacer la voluntad de Su Padre, que continuamente se negaba a Sí mismo para ministrar a otros, que Él fue manso y paciente cuando Lo insultaban injustamente, que tenía en más estima a los piadosos pobres que a los reyes, que estaba lleno de amor y compasión por los pecadores, que fue valiente e intransigente al denunciar el pecado, que no procuraba la gloria de los hombres (aun cuando pudiera haberla tenido), que hacía el bien, que estaba separado de las personas mundanas, que sacaba tiempo para orar, y que no permitía que ni siquiera Sus familiares más cercanos Le impidieran hacer la voluntad de Dios. Un hombre santo tratará de recordar estas cosas. Haciendo estas cosas se esforzará por dar forma a su rumbo en la vida. Tomará en serio las palabras de Juan: “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:6), y tomará en serio las palabras de Pedro: “...Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas” (1 Pedro 2:21). Bienaventurado es aquél que ha aprendido a hacer de Cristo su TODO, tanto para salvación como para ejemplo. Nos ahorraríamos mucho tiempo, y evitaríamos muchos pecados,

si nos hiciéramos más a menudo la siguiente pregunta: “¿Qué hubiera dicho y hecho Cristo en mi lugar?”

El concepto de la santidad corporativa se encuentra en el hecho de que la santidad no puede limitarse a sólo la relación personal (individual) con Dios, sino que también incorpora la relación con las personas en el contexto de los organismos corporativos (esto es, las organizaciones, naciones o familias). Dieter, et al., escribe: “A medida que nos acercamos a Cristo, nos acercamos los unos a los otros. Somos santificados mediante el compañerismo con los que están en Cristo junto con nosotros”.⁴⁰ Este concepto es visto inicialmente en la relación de Israel con Dios. Tras ser liberados del yugo egipcio, Dios estableció un pacto con ellos en el desierto (Éxodo 19:3-6).

La santidad de Israel fue establecida sobre la base de su obediencia a la palabra que Dios había hablado. Como puede verse a través del Antiguo Testamento, especialmente en los escritos proféticos, Israel debía exhibir la santidad corporativa. Esto se hacía al obedecer las normas de la santidad social, las cuales detallaban la responsabilidad de la nación de hacer valer la justicia y la igualdad. Por el otro lado, al ser el supremo sacrificio y santificador del pueblo de Dios, Jesús fue crucificado fuera de la puerta de la ciudad, es decir, “Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta” (Hebreos 13:12). Ahora, con más razón que nunca, la iglesia de Cristo tiene que llevar las verdaderas marcas de la santidad de Dios, porque Cristo no viene por una iglesia marchita, debilitada, contaminada y enferma. Más bien, Él viene por una iglesia en marcha, activa, vencedora, ferviente y santa (sin mancha ni arruga), la cual es Su cuerpo.

En el Nuevo Testamento, Pedro habla del tema corporativo en 1 Pedro 2:9, “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, **nación santa**...” El enfoque de Pedro en la santidad, en su contexto corporativo, subraya nuevamente el hecho de que la santidad trasciende la responsabilidad y la identidad individuales. Una de las metáforas contemporáneas más usadas para la iglesia es la de la “comunidad de fe”. A medida que reflexionamos sobre este concepto eclesial, nos vemos obligados a considerar el asunto de la santidad en este contexto. Una pregunta que resulta de esta reflexión es: “¿Cómo definimos relevantemente la santidad en el contexto de una comunidad multiétnica y multicultural, cuyos miembros están tratando de vivir su fe en el mundo?”

La Naturaleza Vital de la Oración y la Santidad

“La paradoja de amor del alma consiste en haber hallado a Dios, y todavía seguir buscándolo”.⁴¹ Esta cita de A. W. Tozer subraya la naturaleza continua de la búsqueda de la santidad. La santidad no es un estado estático, sino una relación dinámica con Dios que requiere constante interacción con la gracia de Dios. Uno de los catalizadores de esta relación dinámica es la oración. En su innovadora obra sobre la oración, E. M. Bounds escribió:

La oración está relacionada con todos los dones de la gracia. Su relación con el carácter y la conducta es la de un ayudador. La oración ayuda a establecer el carácter y moldear la conducta. Ambos dependen de la oración para poder continuar exitosamente. Pudiera haber cierto grado de carácter moral y de conducta que sean independientes de la oración, pero no

⁴⁰ Melvin E. Dieter, et al. “Reformed View”, in *Five Views on Sanctification*. Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing, 1987, pág. 64.

⁴¹ A. W. Tozer. *The Pursuit of God*. Philadelphia, PA: Christian Publications, 1982, pág. 14.

puede existir ningún carácter religioso ni conducta cristiana particulares sin ella. La oración ayuda donde todas las otras ayudas fallan. Mientras más oramos, más mejoramos, y nuestras vidas se vuelven más puras y excelentes.⁴²

La oración es, sin lugar a duda, un elemento esencial en la búsqueda de la santidad. Cuando comprendamos que la santidad no es meramente un estado, sino una relación dinámica, también comprenderemos que tal relación es la que produce y mantiene la vida de santidad. Hay cierta ironía en el hecho de que, mientras que la oración purifica al corazón, el corazón puro empodera la vida de oración. La oración satisface el anhelo por la santidad y, al mismo tiempo, vuelve a crear y propulsar ese anhelo. Es a partir de esta tensión creadora que surge “el hambre y la sed de justicia”. Sin duda, esta es la razón por la cual la Biblia, especialmente el Nuevo Testamento, da un énfasis constante a la necesidad de la oración en la vida de los creyentes.

El movimiento de santidad fue un movimiento cimentado en la oración. La historia del movimiento demuestra una dependencia total de la oración para efectuar la gracia de Dios en sus vidas. Su rechazo de los esfuerzos humanos, en cuanto a lo que Dios estaba haciendo en sus vidas, vino a convertirse en el fundamento de muchas de sus fórmulas doctrinales. El movimiento pentecostal también cimentó la experiencia del Espíritu en la vida de oración. Los relatos en el libro de los Hechos de los Apóstoles subrayan el rol desempeñado por el Espíritu en la oración a medida que la iglesia antigua procuraba imitar la santidad ejemplarizada por Jesús.

La Santificación Inicial/La Santificación Progresiva

Varios eruditos pentecostales han hecho alusión a esta distorsión de las definiciones exactas y plenas dadas por Juan Wesley y otros predicadores del movimiento de santidad. Esto se revela en comentarios tales como:

En los casos en que gran parte de las enseñanzas arminio-wesleyanas recalcan el aspecto de crisis de la santificación, con el descuido de los problemas y desarrollo después de la santificación, la escuela de Keswick se inclina a presionar, ya sea sobre la faz de la separación (distinción entre naturaleza y gracia y el conflicto entre ellas) o sobre el aspecto del crecimiento, con la consecuente negligencia del aspecto de la crisis decisiva... las Escrituras a las que uno y otro apelan sostienen tanto la crisis como el proceso en su unidad creadora y estimulan al cristiano a involucrarse profundamente en la vida.⁴³

Vemos también el siguiente comentario, hecho tras examinarse las frases ‘santificación instantánea’ y ‘entera santificación’:

La justicia significa poner en orden toda la vida según la voluntad de Dios. El vocablo describe la estructura, los límites y los contornos de esa relación. Sin justicia no puede haber paz con Dios ni tampoco gozo verdadero. Pero en este mundo, la justicia no se hará realidad

⁴² E. M. Bounds. *Prayer*. Philadelphia, PA: Whitaker House, 1997, pág. 148.

⁴³ Mildred B. Wynkoop. *Bases Teológicas de Arminio y Wesley*. Kansas City, MO: Casa Nazarena de Publicaciones, 1983, pág. 113.

perfectamente por causa de la falibilidad humana y la rebelión mundana. El cumplimiento provisional de la ley y, por consiguiente, de toda justicia, es el amor... El estar consciente de esta lucha, la vigilancia, la consagración y la oración ferviente hasta recibir la paz: todos estos elementos contribuyen a la campaña compasiva de los pentecostales en el mundo. Sus prójimos no son solamente transgresores, sino que también —al igual que ellos mismos— se encuentran envilecidos y alejados de la vida de santidad y felicidad. Esta paz, que nace del amor perfecto y la reverencia, consiste en permanecer en Cristo en todo momento por medio del Espíritu y la Palabra.⁴⁴

Por lo tanto, debemos enfocarnos siempre en la búsqueda de la santidad, en vez de frases teóricas que a menudo pueden ser engañosas y desalentadoras para el creyente que desee andar en santidad delante de Dios. Pablo, el más teólogo de los apóstoles, confiesa enseñar lo siguiente a los seguidores de Jesucristo:

Y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Filipenses 3:9-14).

Más Exploraciones Bíblicas sobre la Santificación/La Santidad

Es verdad que nos vemos envueltos en una relación única como nuevas criaturas en Cristo Jesús. En la Biblia hay verdades fundamentales que son esenciales para el entendimiento y crecimiento del creyente. Éstas incluyen dos conceptos que no podemos ignorar: 1) las verdades relacionadas con nuestra salvación, incluyendo lo que Dios ya ha hecho por nosotros, y lo que aún está por hacer; y, 2) los imperativos que revelan la manera en que debemos vivir los cristianos, como consecuencia de Su obra constante de santificación. El punto inicial de la santificación es nuestra fe en la salvación: creemos lo que Dios ha hecho por nosotros en la salvación. Por lo tanto, nuestra relación conlleva lo que Él ha hecho por nosotros en el pasado, y lo que hará por nosotros en el futuro. Ambos requieren que una infusión del Espíritu Santo nos abra el camino por donde debemos andar. Horatius Bonar, una voz surgida del movimiento de santidad del siglo XIX, escribió estas palabras tan pertinentes:

El evangelio no nos manda a hacer nada para obtener la vida, sino que nos invita a vivir basándonos en lo que Dios ha hecho. Y el conocimiento de su verdad vivificadora no es obra, sino reposo para el alma. Ese reposo es la raíz de toda obra verdadera, pero reposamos con el fin de obrar.⁴⁵

⁴⁴ Steven J. Land. *Pentecostal Spirituality*. Sheffield Academic Press: Sheffield, England, 2001, pág. 176.

⁴⁵ Horatius Bonar. *God's Way of Holiness*. New York: Robert Carter & Brothers Publishing, 1865, págs. 41, 42.

En realidad, nuestra santificación depende de que creamos la verdad de “nuestra identidad en Cristo”, confiemos en Su obra completada en el Calvario, y pongamos en práctica —con la ayuda del Espíritu— las consecuencias de esta nueva posición en Cristo Jesús.

Por muchos años, se ha comparado excesivamente la santificación instantánea con la santificación progresiva. En vez de eso, se puede resolver mejor este malentendido si se reconociera tanto la necesidad de la experiencia de crisis inicial como [la necesidad de] la relación continua con el Espíritu Santo: ambas se deben mantener en íntima relación. A medida que nos movamos hacia una comprensión más completa de la obra del Espíritu Santo, no habremos de debilitar la obra completa de Jesucristo, sino que ampliaremos nuestro entendimiento para ver la naturaleza trina de Dios más claramente en la obra continua del Espíritu Santo en el creyente desde el momento de conversión hasta el cambio final de la mortalidad a la inmortalidad (2 Corintios 3:18; 1 Corintios 15:52, 53).

Un libro poco conocido declara la hermosura de esta yuxtaposición que tiene lugar en el creyente:

Nuestra santificación depende de que creamos la verdad de quiénes somos en Cristo, descansemos en Su obra completada, y pongamos en práctica las consecuencias de esta nueva perspectiva... En la práctica real, comprender esta perspectiva es el fundamento de toda santificación práctica. De ahí que el énfasis que Pablo diera a ‘saber’ que esta es la situación (Romanos 6:3-9) lo llevara a exhortar a los creyentes a ‘considerarse’ muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús (v. 11). Por lo tanto, la santificación es la práctica constante de lo que significa pertenecer a la nueva creación en Cristo... Creemos que la voluntad de Dios para nosotros, en el proceso continuo de la santificación, es que experimentemos en la vida real quiénes somos realmente en Cristo. Esto requiere que día a día decidamos creer quiénes somos.⁴⁶

Durante las postrimerías del siglo XIX, los conflictos crearon divisiones y obstáculos a la búsqueda de la santidad, y sembró las semillas del conflicto interno que entró sigilosa y engañosamente en el poderoso despertar del movimiento del Espíritu Santo en los primeros años del siglo XX. Pero la transición al pentecostalismo —que surgió del movimiento de santidad— ciertamente puede seguir floreciendo en el siglo XXI si las iglesias y los teólogos buscaren con ahínco la santificación y la santidad.⁴⁷ Al igual que en la encrucijada del tiempo que juntó a los movimientos de santidad y pentecostal, nuestra ‘búsqueda de la santidad’ tiene que ser iniciada y cultivada respondiendo al llamado del Espíritu Santo, el cual abarca tanto nuestra necesidad inicial de santificación como los aspectos continuos y relacionales de la santificación. Esto nos trae a la poderosa declaración de Hebreos 10:14, la cual tiene tanto un sentido posicional como un sentido continuo en el idioma original: “Y así, con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (RVR 1995) (Nota: Véase el documento de estudio original del DBG de 2012: “En Pos del Dios Santo”).

El Lavamiento de la Sangre/Agua/Espíritu

La imagen de Jesucristo en el Calvario nos informa mucho sobre la relación correcta del creyente por medio del sufrimiento y la muerte expiatoria de Cristo en la cruz. Cuando los soldados vinieron

⁴⁶ Neal Anderson and R. L. Saucy. *The Common Made Holy*. Eugene, OR: Harvest House Publishers, 1997, pág. 177.

⁴⁷ Vinson Synan. *Spirit Empowered Christianity in the 21st Century*. Lake Mary, FL: Charisma House (Strang Co.), 2011, págs. 198-204.

y encontraron al Salvador muerto en la cruz, no Le quebraron las piernas como era de costumbre. Pero sin saber que estaban cumpliendo las Escrituras, uno de ellos tomó una lanza y Le perforó el costado, del cual brotó sangre y agua (Juan 19:34). No es coincidencia que el versículo siguiente (v. 35) registre el comentario de que Juan presenció este acontecimiento particular, y de que reiteró esta verdad para que otros creyeran. A medida que se llega a comprender la hermosura de este acto sinfónico de provisión divina, uno llega a apreciar esta ilustración vital sobre la manera en que la obra del Espíritu Santo habrá de realizar esta limpieza en nuestras vidas y llevarnos a una vida de santidad. Las Escrituras siguen claramente esta verdad al dar pruebas del acto inicial de la santificación en el creyente por medio de la sangre (Hebreos 13:12; Colosenses 1:19, 20), aunque también da pruebas fehacientes de la obra progresiva de la santificación por medio de la Palabra de Dios (Efesios 5:25, 26; Hebreos 10:19-22). Ambas son una obra gloriosa y armoniosa que será realizada continuamente a través de los siglos en la vida de cada creyente que pone su mirada en Cristo con la esperanza de ser santificado. Así como el Espíritu Santo aplica la sangre derramada de Jesús como el acto inicial de la santificación —para traernos a una buena relación con el Padre a través del Hijo—, así también el Espíritu Santo aplica “el lavamiento del agua por la palabra [de Dios]” (Efesios 5:26) para santificar continuamente al creyente en Cristo —como un movimiento de acercamiento al Padre. Ya que la Palabra de Dios es siempre limpia, actúa como el agua pura que nos lava y santifica delante del Señor.

El Llamado Pastoral a la Santidad

Cuando el Espíritu Santo vino sobre Zacarías, profetizó que Dios estaba visitando a Su pueblo y enviándole un redentor al cual “...sin temor le serviríamos en santidad y en justicia delante de él, todos nuestros días” (Lucas 1:74, 75). El autor de Hebreos dijo: “Busquen la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14, NVI). A partir de este y muchos otros pasajes del Nuevo Testamento, es evidente que la santidad es una doctrina importante, a pesar de que muchos le teman al legalismo, por un lado, y al fanatismo, por el otro lado, cada vez que se habla del tema. No obstante, aunque la definición se pueda debatir, el Nuevo Testamento dice claramente que se espera y requiere de los creyentes la santidad.

La santidad bíblica tiene que ver con el carácter interior o la condición del corazón humano. La justicia, la cual tiene sus raíces en la santidad, tiene que ver con la ‘conducta correcta’ en el sentido ético de la justicia. Cualquier conducta correcta que no se derive de la santidad puede ser una forma de legalismo. Por ejemplo, los fariseos eran meticulosos en cuanto a diezmar de las hierbas (conducta correcta), pero descuidaron la santidad del corazón. Por consiguiente, Jesús los condenó por lavar el exterior del vaso y dejar el interior lleno de corrupción. Su mandato para ellos fue de limpiar primero el interior del vaso o del corazón (la santidad), de manera que el exterior del vaso (la justicia) también fuera limpio. Una persona puede comportarse de manera ejemplar en muchas maneras, pero aún tener un corazón corrompido. Por ejemplo, una persona puede ser, en lo exterior, fiel a su compañero o compañera, y ser un adúltero o adúltera en el corazón. Tal persona no estaría viviendo una vida santa, aunque las apariencias digan lo contrario. Así que, uno puede vivir correctamente y no ser santo, pero no se puede ser santo y no vivir correctamente.

Por lo tanto, pudiéramos añadir que la santidad no es algo que podamos medir los unos en los otros, porque sólo Dios conoce el corazón (Jeremías 17:9). Tampoco podemos imponer u obligarnos los unos a otros a obtener la santidad. Sin embargo, podemos estudiar las características de la

santidad y animarnos los unos a los otros a tener hambre y sed de ella y así ser llenos de la misma.

El Salmo 51:6 declara lo siguiente acerca de Dios: “He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo”, y más adelante dice: “Purifícame... lávame... crea en mí, oh Dios, un corazón limpio” (vv. 7-10). Estos versículos nos dicen que Dios desea que tengamos “un corazón limpio”, y tener un corazón limpio es obra de Dios. También sugiere que nuestro rol en la búsqueda de la santidad consiste en permitir que el Espíritu de Dios nos muestre dónde hay mentira o conflicto en nuestro interior. Por ejemplo, una persona pudiera sentir envidia de otro individuo y no admitirlo a sí mismo o a Dios, y mucho menos ante otra persona. De hecho, puede aparentar ser bondadoso, mostrar gentileza, y decir cosas buenas de esa persona, y sin embargo, estar carcomido por la envidia. El Dios que desea la verdad en lo íntimo quiere que ese individuo se detenga a escucharlo en oración, de manera que pueda revelarle la cruel envidia que ha echado raíz en su corazón. Sólo entonces, tras la confesión y el arrepentimiento, Dios habrá de purgar y limpiar ese corazón de la envidia.

Como líder de la iglesia local, el pastor/a (o equipo pastoral) tiene la responsabilidad de conducir a su congregación en la búsqueda de la santidad. La santidad, o la limpieza del corazón, sólo puede ocurrir cuando uno se encuentra con el Dios vivo. Los individuos y las congregaciones no pueden ser hechos santos por medio de sermones, enseñanzas o cánticos cuyo fin sea simplemente dar entretenimiento. Los programas diseñados para atraer personas a nuestras iglesias no habrán de llevarnos hacia la santidad de vida a menos que den oportunidades para buscar de Dios. Pablo dice que somos cambiados o transformados en la santa imagen de Dios por la acción del Espíritu a medida que miramos la gloria del Señor (2 Corintios 3:18).

Por lo tanto, el pastor/a tiene que ser el primero en buscar de Dios a fin de obtener su propia transformación en pos de la santidad. El pastor/a tiene que pasar mucho tiempo en tranquilidad, en oración audible, en quietud, en soledad, en meditación sobre las Escrituras y en autoreflexión, a fin de permitir que el Espíritu traiga a la luz [cualquier] pecado escondido y actitudes impías que tenga en el corazón. Luego, a medida que Dios traiga a la luz la fealdad del corazón del pastor/a, él o ella pueden orar para pedir perdón y pedir que la gracia santificadora de Dios le lave el corazón. Moisés tuvo que presentarse ante la zarza ardiente de Dios, en tierra santa, antes de que pudiera llevar a los hijos de Israel al monte santo de Dios.

A partir de esta nueva tierra santificada del corazón, el pastor o la pastora conduce a la congregación hacia la presencia de Dios. Por lo tanto, cuando predica, no lo hace con el mero propósito de informar. El propósito de su predicación es hacer que la gente contemple la gloria del Señor en las Escrituras (espejo – 2 Corintios 3:18) de manera que sean transformados en la misma imagen que están contemplando en esas Escrituras. Con esta actitud, y en esta atmósfera, la oración pastoral antes o después del sermón es mucho más que un ejercicio religioso. La oración es otra oportunidad para alzar la congregación hasta la presencia de Dios. La visitación se convierte en algo más que llegar a ser mejores amigos (aunque esto sea aceptable), pues adopta un propósito más serio. En otras palabras, casi todo lo que hace un pastor/a (si se origina en un corazón de santidad) sirve para llamar a la iglesia, a la comunidad y al individuo a la santidad de vida.

Recomendaciones

Por lo tanto, a la luz de las afirmaciones ya mencionadas sobre nuestra necesidad de procurar una relación santa con Dios, queremos hacer las siguientes recomendaciones:

- 1) Exhortar a cada pastor/a, ministro o maestro a que lleve las personas, por medio de la enseñanza continua, hacia la búsqueda de la presencia santificadora de Dios.
- 2) Exhortar a cada creyente a que procure andar en el Espíritu Santo por toda la vida.
- 3) Hacer que cada creyente desee vivir en santidad mediante una vida de oración que participe del poder del Espíritu Santo como parte integral de una vida santa.
- 4) Afirmar la verdad de que nuestro caminar individual en el Espíritu afecta al testimonio colectivo de la iglesia, ya sea para bien o para mal.
- 5) Animar a cada creyente que busca la santidad a que entregue su voluntad personal al señorío de Cristo, a fin de que Su gloriosa vida pueda expresarse libremente por medio de él o ella (Gálatas 2:20).

Respetuosamente sometido en oración y con agradecimiento a Dios,

Comité de Doctrina Bíblica y Gobierno de la Asamblea:

Wallace R. Pratt, Presidente _____

Elías Rodríguez, Secretario _____

Carswell Leonard, Asist. al Secretario _____

Daniel Chatham _____

James Kolawole _____

Tedroy Powell _____

Timothy McCaleb _____

Bibliografía

- A. J. Tomlinson. *Sanctification: A Second Work of Grace*. Cleveland, TN: Casa de Publicaciones Ala Blanca, sin fecha de publicación.
- A. J. Tomlinson. *Sanctification: A Peculiar Treasure*. Cleveland, TN: Casa de Publicaciones Ala Blanca, sin fecha de publicación.
- A. J. Tomlinson. *Answering the Call of God*. Cleveland, TN: Casa de Publicaciones Ala Blanca, sin fecha de publicación.
- A. W. Tozer. *The Pursuit of God*. Philadelphia, PA: Christian Publications, 1982.
- D. A. Carson. *The Gospel According to John*. Grand Rapids, MI: Eerdmans (InterVarsity Press), 1991.
- D. Edmond Hiebert. *The Thessalonian Epistles (A Call to Readiness)*. Chicago, IL: Moody Press, 1971.
- D. K. Stuart. *The New American Commentary, Vol. 2: Exodus*. Nashville, TN: Holman Publishers (Logos Bible Software), 2007.
- E. M. Bounds. *Prayer*. Philadelphia, PA: Whitaker House, 1997.
- Frank D. Macchia. *Justified in the Spirit*. Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Co., 2010.
- G. C. Berkouwer. *Sin*. Grand Rapids, MI: Eerdmans Publishing House, 1971.
- Gingrich New Testament Lexicon*. Parsons Technology: Quick Verse, Electronic Ed. STEP Files, 2007.
- Horatius Bonar. *God's Way of Holiness*. New York: Robert Carter & Brothers Publishing, 1865.
- H. P. V. Nunn. *The Elements of New Testament Greek*. Bellingham, WA: Logos Research Systems, 2003.
- H. R. Balz & G. Schneider. *Exegetical Dictionary of the New Testament, Vol. 1*. Wheaton, IL: Eerdmans Publishing, 1990.
- J. Ayodeji Adewuya. *Transformed by Grace*. Eugene, OR: Cascade Books, 2004.
- J. Ayodeji Adewuya. *Holiness and Community*. New York: Peter Lang Publishers, 2003.
- James Kolawole. "Observations on African Sanctification". Lagos, Nigeria: Apuntes del Comité DBG, mayo de 2011.
- James W. McClendon. *Systematic Theology, Volume 1-Ethics*. Nashville, TN: Abingdon Press, 2002.
- James Strong. *Strong's Exhaustive Concordance*. Iowa Falls, IA: Riverside Books, 1995.
- Kenneth S. LaTourette. *A History of Christianity, Volume 1*. San Francisco, CA: Harper Collins Pub., 1975.
- L. Morris. *The Gospel According to Matthew*. Grand Rapids, MI: W. B. Eerdmans Publishing, 1992.
- Melvin E. Dieter, et al. "Wesleyan View", in *Five Views on Sanctification*. Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing, 1987.
- Mildred B. Wynkoop. *Bases Teológicas de Arminio y Wesley*. Kansas City, MO: Casa Nazarena de Publicaciones, 1983.
- M. S. Heiser. *Glossary of Morpho-Syntactic Database Terminology*. Logos Systems Library, 2005.
- Neal Anderson and Robert Saucy. *The Common Made Holy*. Eugene, OR: Harvest House Publishers, 1997.
- R. C. Sproul. *The Holiness of God*. Wheaton, IL: Tyndale House Publishers, 1985.
- R. H. Stein. *The New American Commentary, Vol. 24: Luke*. Nashville, TN: Logos Bible Software, 2001.
- Richard E. Howard. *Newness of Life*. Grand Rapids, MI: Baker Book House, 1975.

- Richard S. Taylor. *A Right Conception of Sin*. Kansas City, MO: Beacon Hill Press, 1945.
- R. L. Thomas. *New American Standard Hebrew-Aramaic and Greek Dictionaries*. Anaheim, CA: Foundation Publications, Inc. 1998.
- Robert James Utley. *The Gospel According to Paul: Romans, Volume 5*. Marshall, TX: Bible Lessons International, 1998.
- Rudolf Otto. *The Idea of the Holy*. London: Oxford University Press, 1923.
- Spiros Zodhiates, Executive Editor. *Hebrew-Greek Key Word Study Bible (New American Standard Bible)*. Chattanooga, TN: AMG Publishers, 2008.
- Steven J. Land. *Pentecostal Spirituality*. Sheffield Academic Press: Sheffield, England, 2001.
- Vinson Synan. *Spirit Empowered Christianity in the 21st Century*. Lake Mary, FL: Charisma House (Strang Co.), 2011.
- Walter C. Kaiser. *New Interpreter's Bible, Volume 1*. Nashville, TN: Abingdon Press, 1994.

